UNIVERSITY OF ARIZONA
UNIV. OF ARIZONA
PQ7797.M28 P3 1924 mn
Wast, Hugo/Pata de Zorra
3 9001 03904 2992

PATA DE ZORRA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Desierto de Piedra.....	20°	millar	$ 2.50
Una Estrella en la Ventana....	6°	,,	,, 2.50
Pata de Zorra	18°	,,	,, 2.50
La que no perdonó.....	15°	,,	,, 2.50
El Vengador	70°	,,	,, 2.50
Los Ojos Vendados	90°	,,	,, 2.50
La Corbata Celeste.....	30°	,,	,, 2.50
Ciudad Turbulenta, Ciudad Alegre	75°	,,	,, 2.50
Valle Negro.....	45°	,,	,, 2.50
Premiada por la Real Academia Española			
La Casa de los Cuervos.....	100°	,,	,, 2.50
Fuente Sellada	73°	,,	,, 2.50
Flor de Durazno	108°	,,	,, 2.50
Novia de Vacaciones.....	32°	,,	,, 2.50
Alegre.....	25°	,,	,, 2.50
Las Espigas de Ruth.....	9°	,,	,, 2.50
(Páginas autobiográficas).			
Flor de Durazno (drama en 3 actos)			$ 1.50

EN PREPARACIÓN:

Myriam la conspiradora.....	1 vol.
El Jinete de Fuego	1 ,,

PQ
7797
M28
P3
1924

HUGO WAST

PATA DE ZORRA

18.º MILLAR

BUENOS AIRES
AGENCIA GENERAL DE LIBRERÍA Y PUBLICACIONES
—
RIVADAVIA 1573

DERECHOS RESERVADOS.
Para reproducir, traducir y adaptar esta novela al teatro o cinematógrafo, dirijirse al autor, Rivadavia 1573, Buenos Aires.

TALLERES GRÁFICOS ARGENTINOS L. J. ROSSO - BELGRANO 475

I

Los azahares de la toronja

La campana de la Universidad, que hacía doscientos años anunciaba a los estudiantes la hora de las clases, comenzó a tocar, y su vieja voz se difundió en el aire azul y transparente de aquella mañana primaveral.

El portero de la Universidad, don Natividad (o don Nativo por sobrenombre), había abierto de par en par las grandes puertas, y podía ya cumplir otra de sus funciones matinales: ir a despertar a Belisario Carrillo, un estudiante, riojano como él, que vivía en pensión, a media cuadra de allí.

Don Nativo era moreno, sudoroso y barrigón, y rengueaba al cruzar apurado la calle, y como lo conocían, penetraba, sin llamar, hasta la pieza de su comprovinciano, a quien hallaba más dormido que Holofernes.

Generalmente en el zaguán encontrábase

con la dueña de la casa, misia Felisa Figueroa, que salía prendiéndose el chalón de cachemira negra.

—Buenos días, *niña* Felisa. Apúrese, que va a perder su misita.

La *niña* Felisa, que tenía ya sesenta años y que sería siempre niña (conforme al amable tratamiento provinciano) mientras se conservase soltera, seguía su camino sin apurarse, con sus tranquitos menudos como las puntadas de una máquina de coser, bien segura de llegar a la iglesia de los jesuítas, en el preciso momento en que el padre Cherta y su monaguillo, agachados sobre las gradas del altar mayor, se santiguarían con una gran cruz, para empezar la misa: *Introibo ad altare Dei.*

A esa misma hora cruzaban en grupos bulliciosos los colegiales con sus guadamecos a la espalda, los universitarios con papelotes en la mano, algún solemne señor de levita y sombrero de copa, que podía ser un profesor de derecho o un síndico de las monjas, que iba a oír también su misa diaria; y mujeres de todas edades, de hábito algunas, por promesas o por

coquetería, con el rosario enrollado en la muñeca, señal de que se dirigían a su iglesia, cuál a los jesuítas, cuál a las teresas, cuál a los franciscanos.

Y por la calle empedrada y dorada de sol, discurría la vida comercial, el tranvía eléctrico, los coches placeros tirados por un mal caballuco, los carros de los proveedores de la ciudad, panaderos, verduleros, lecheros y de cuando en cuando alguna viejecita conduciendo del ronzal un burro con dos árganas repletas de zapallos y choclos.

Don Nativo, entretanto, se dedicaba a la tarea nada fácil de despertar a Belisario a puñada limpia... aunque no siempre se lavara las manos.

Se lo había recomendado su tío, un cura riojano, don Serapio Carrillo, quien costeaba los estudios del mozo, huérfano y pobre.

Hacía un lustro que Belisario llegó a la ciudad, pero no había logrado pasar del segundo año, por culpa del derecho romano, según explicaba él a su tío, o por muchas otras culpas, según era la verdad.

Y Nativo estaba interesado en hacerle vencer aquel obstáculo, despertándolo cada día en buena hora como para que asistiera a las clases de don Triboniano, el más temido de los profesores, cuyo beneplácito equivalía, por la autoridad de que gozaba en la Facultad, a una buena nota en las otras materias.

El solo nombre del solemne romanista espeluznaba a Belisario: ¡Don Triboniano Barbarrosa! ¡Trueno de Dios!

—¡Belisario, Belisario! ¡Ya son las ocho! Ahí llega a clase don Triboniano. Con otras dos faltas, vas a quedar libre y te van a meter un cero más redondo que el reloj del Cabildo.

Belisario dió dos o tres vueltas en la cama, y como Nativo no dejara de aporrearlo, abrió los ojos y bostezó largamente.

—¡Qué bárbaro sos, Nativo! Tengo tantos cardenales en el lomo por tus trompadas, que podría reunir un cónclave y elegirte Papa. ¿Te gustaría ser Papa? Si me dejás dormir un ratito más, en cuanto se muera Pío...

—¡Ahí llega don Triboniano!—vociferó otra vez Nativo, desdeñando la triple tiara.

Belisario Carrillo se incorporó. Tenía veintidós años y conservaba la jovialidad ingenua con que llegó a la ciudad, aunque ya empezaba a perder la esperanza de volver al terruño con las borlas doctorales.

Por aquel tiempo, y como postrer remedio, comenzó a prestar oídos a las palabras revolucionarias de un estudiante ruso, compañero de cuarto en la pensión de Felisa Figueroa.

¿Para qué estudiar tanto? ¿No era mejor reformar los estatutos de la Universidad y abolir los exámenes y otorgar los diplomas por votación de los mismos alumnos?

Belisario era muy popular entre ellos y no podía dudar de que en un régimen semejante, conquistaría todas las palmas universitarias por unanimidad de votos.

La cuestión era reformar los estatutos, y ahora la dificultad mayor estribaba en que el estudiante ruso, padre de la idea, después de haberla hecho germinar en otros cerebros, hablando al oído de sus condiscípulos, arremetió

a los libros desesperadamente, no bien se aproximó la época de los exámenes, como si no tuviera mucha confianza en su invención.

Eleázar Kasin era un joven pálido, de barbas color de azafrán, ralas como los pelos de una brocha vieja, tan friolento que ni en verano abandonaba su largo sobretodo.

Estudiaba veinte horas por día para aprender el idioma y terminar la carrera en dos años, y esta laboriosidad y su invariable dulzura lo hicieron simpático a misia Felisa Figueroa, en cuya casa entró de pensionista gracias a la recomendación de un obispo.

Porque misia Felisa se ganaba la vida alquilando a tres o cuatro estudiantes, elegidos con mucha cautela, un par de habitaciones que le sobraban en la casa, demasiado grande para ella y para su única sirvienta, la china Estaurofila.

¿Cómo Eleázar había logrado la recomendación de un obispo, sin la cual nunca ingresara en la tranquila mansión, en donde todo ruso era sospechoso?

Misia Felisa nunca pudo aclararlo bien, por-

que cuando llegaron los tiempos en que, a pesar de la carta y de los dulces modales de su pensionista, comenzó a desconfiar de él, ya el obispo había pasado a mejor vida.

Compartía la pieza de Carrillo y era el más puntual de los pensionistas en pagar su mesada, y misia Felisa le llamaba Elearcito, y le permitía sentarse a la mesa con un libro delante del plato, y le hablaba del bautismo con la esperanza de hacerlo un buen católico.

Al levantarse Belisario para librarse de los mojicones de Nativo, dirigió una mirada rencorosa a la cama, deshecha y fría ya, de su compañero de pieza, que hacía por lo menos tres horas se estaba atragantando con sus códigos en el sofá del comedor.

—Como *ése* debieras ser vos, — le dijo Nativo, adivinando los pensamientos del joven.

Sonó el aldabón de la puerta de calle.

—Es el cartero. Corré, Nativo; ve si me trae la mesada de mi tío el cura. Estamos a cuatro del mes y debería llegarme su carta ya.

—Es de balde, Belisario, yo no te dejo hasta que no te hayás vestido.

La china Estaurofila llamó con los nudillos a la puerta que daba al patio, sombreado por una frondosa toronja y encuadrado por hileras de medias tinas con plantas.

—¿Se puede, niño? ¡Aquí hay una carta de su *tiyo!*

—¡Entrá!

Entró la china y bajó los ojos, advirtiendo que Belisario se echaba de la cama envuelto en las cobijas.

Faltóle tiempo para rasgar el sobre y devorar la epístola.

—¡Vamos a ver qué te dice don Serapio! —refunfuñó Nativo, que por su parte, aunque no sabía leer, se carteaba con el cura riojano a propósito del sobrino.

Belisario palideció y dejó caer las colchas, con lo cual Estaurofila abandonó la pieza, quedándose en ayunas de las novedades que la carta contendría.

—¡Estoy embromado, Nativo! ¡Embromado para toda la siega!

—¿Qué te sucede, hijo?

—Que mi tío esta vez se enoja de veras.

—¿Qué te dice?

—Que si este año no paso en los exámenes, me va a desheredar.

—¿Y es rico tu tío ?

—Bastante. La estancia del "Marquesado" es de él. Las viñas del "Ojo de Agua" son también de él. En La Rioja eso es una gran fortuna, y yo no tengo otro arrimo. Para mostrarme que esta vez va de veras, no me manda más que la mitad de la mesada, y me amenaza con tenerme a media ración hasta que le envíe un certificado de haber pasado de curso.

—Entonces, hijo, no hay más remedio que pasar.

—¡Ay, Nativo! — exclamó aterrado Belisario. — ¡Si no existiera ese maldito derecho romano! Todo lo demás son pamplinas; pero el derecho romano, el derecho romano... Jamás lo aprenderé. Para colmo, Nativo, has de saber que la mitad por lo menos del derecho romano está en latín...

Nativo meneó la cabeza, compadeciendo al desesperado estudiante. Además, co[illegible] que le había ido prestando, pes[illegible]

regular bollito de plata, para salvarlo de apuros, y si realmente don Serapio le cortaba los víveres. no cobraría nunca su dinero.

—Pero, no hay más remedio que pasar, hijo, — repitió con terquedad, y como Belisario empezara a vestirse decididamente, él se volvió a sus quehaceres en la Universidad.

Un momento después, mediadas las ocho, sintiéronse en las baldosas del zaguán los pasitos menudos de misia Felisa.

Belisario apresuró su tocado y compuso la cara para recibir su visita matinal, que siempre acompañaba con algún sermoncito a la vez que le traía un tazón de café con leche y dos tostadas crujientes.

—¡Buenos días, Belisario! ¿Todavía no estás vestido?

El joven abrió de par en par las puertas que daban al patio y un sol radiante inundó la pieza.

—¡Míreme, Felisita, antes de retarme!

Vestido estás, pero no hay señal de que lavado la cara, hijo!

nte se encogió de hombros y se

puso a tomar el desayuno, después de haber guardado, hecha un bollo, la carta de su tío.

Por rápido que fuese su ademán, no dejó de advertirlo misia Felisa, que conocía bien la letra del cura.

—¿Has recibido carta de tu tío? ¿Qué te dice?

—Me habla de lo bien que están sus viñas y me manda recuerdos para usted.

—Y de tus estudios, ¿qué te dice?

—¡Psch! No me dice nada. Se ve que está tranquilo. Sabe que este año pasaré...

—¿Pasarás? ¡Como un huevo de avestruz por el pescuezo de un frasco de agua florida! ¡Belisario! ¡Belisario!

—¿Señora?

—¿Has perdido totalmente la vergüenza?

—No, Felisita, totalmente no.

—Es que yo he recibido carta de tu tío y sé lo que piensa de tus estudios. El cree que en derecho romano, por ejemplo...

—¿Por qué me habla de cosas tan tristes, Felisita? ¿No sabe usted que el derecho romano es una ciencia muerta, escrita en latín, que es

una lengua muerta, por jurisconsultos que también se han muerto, y que para mayor desventura ninguno era católico? Cuando yo le digo que pasaré, es porque estoy seguro.

—¿Cómo has de estar seguro, hijo?

—¡Seguro, seguro! Me lo ha dicho una adivina. ¿No conoce usted a *Pata de Zorra*? Ayer la consulté. Me costó dos pesos la consulta, me leyó las líneas de la mano y me aseguró que pasaría.

—¡Jesús, María y José! Dejala a *Pata de Zorra* y tomá tus libros, como Elearcito.

—¡Quién piensa en libros, Felisita! — exclamó Belisario, rebañando el azúcar en el fondo de su pocillo con el último trozo de la tostada.— Hábleme de la primavera. Vea su patio lleno de sol, y sus diamelas llenas de flores. Vea la toronja que parece una corona de novia. ¿Sabe, Felisita, que estoy a punto de enamorarme?

—Vaya, hijo. Lo que estás es perdido sin remedio. Lo siento por tu pobre tío, que se morirá de disgusto cuando sepa el resultado de tus exámenes.

Misia Felisa se alejó en dirección a su des-

pensa, para entregar a Estaurofila las provisiones de ese día, y Belisario se quedó pensativo, preocupado por aquellas palabras que acababa de pronunciar en broma, y que le sugerían una solución para el terrible problema en que lo ponía la terquedad de su tío.

Miró de nuevo la toronja salpicada de azahares y meditó un rato.

Si él juntase aquellas flores e hiciera con ellas una corona de novia y la ofreciera a cierta persona, estaba seguro de que se salvaría del abismo del derecho romano.

Era verdad que el día anterior, *Pata de Zorra*, una famosa adivina paraguaya, mediante dos pesos, le había asegurado el éxito en los exámenes. Como razonablemente no podía sospecharse que pasaría por haber estudiado, hipótesis inverosímil, no quedaba más fundamento a la predicción de la adivina que el estallido de una revolución universitaria.

Desgraciadamente, Eleázar Kasin ya no pensaba en eso, pues tenía preparadas las tres cuartas partes de sus programas, y lo que faltaba lo dejaría listo en quince días más.

¿En qué se fundó, pues, *Pata de Zorra?* ¿Qué descubrieron en el porvenir sus ojos clarovidentes?

Los azahares de la toronja dieron a Belisario la clave. No había duda; el destino quería que él juntase aquellas flores, entretejiera una corona de novia, y la ofreciera a cierta persona...

Al comprender esto, el alma de Belisario Carrillo se llenó de mortal tristeza, por las razones que veremos más adelante.

II

Las dudas de Belisario

El doctor don Triboniano Barbarrosa era uno de los últimos personajes de levita y sombrero de copa que se vieron en la ciudad.

En él se habían refugiado las tradiciones solemnes de la Universidad, y todo en su físico y en sus maneras correspondía a la idea severa y arcaica que tienen las gentes sencillas de lo que debe ser un profesor de derecho romano.

Solamente cuando se instaló en uno de los pintorescos pueblitos suburbanos por ahorrar alquiler y gozar de una casita que su mujer heredó, cambiaron un poco su vestimenta y sus costumbres.

Como venía diariamente a la ciudad, a dar sus clases, en un sulky guiado por él mismo, advirtió que el sombrero de copa no le defendía del sol y se ponía pardo por el polvo de la

carretera, y lo substituyó por otro de castor café, de anchas alas, estilo cow-boy.

Conservó la levita, de velludo paño en invierno y de lustrina en verano, y aunque su estampa distaba mucho de ser arrogante, pues era magro como un anacoreta, casi lampiño, con ralas barbas desteñidas y un matorral de pelos amarillentos que le descendían por las orejas y le cubrían la nuca, tal era la fuerza de su solemnidad, que los jóvenes le daban la vereda, y la gente del pueblo se decía al verlo pasar: "¡Ese sí que es un profesor!"

A las ocho y media clavadas, después de haber dejado el sulky al cuidado de un muchachito en un corralón cercano, llegaba a las puertas de la Universidad, en donde lo aguardaban sus discípulos.

—¡Buenos días, señor profesor! — le decían a coro, abriéndole cancha y saludándolo hasta el suelo.

Los más astutos se le aproximaban mimosamente a preguntarle por su salud y por los asuntos que le preocupaban. En esto nadie le ganaba a Eleázar Kasin, quien, por su escaso

dominio del idioma, tenía derecho a usar los más esplendorosos términos.

—¿Cómo está la preciosa salud del ilustre señor profesor?

—Bien, bien; vamos tirando — contestaba don Triboniano con la cara radiante, dejando asomar dos colmillos y un diente, que amarilleaban solitarios en su boca desguarnecida.

—¿Y cómo está su dignísima hermana, la señorita Maclovia?

—¡Ah, perfectamente! No pasan años por ella.

—¿Y su bellísima esposa, misia Inesita?

A pesar de que todas las mañanas don Triboniano oía el mismo calificativo de bellísima aplicado a su mujer, no se habituaba. Fruncía el ceño, arrojaba una mirada recelosa sobre Eleázar, y sólo cuando se tranquilizaba respecto a la inocencia de aquel adjetivo contestaba fríamente:

—¡Así, así!

Porque Inesita Figueroa, sobrina de misia Felisa Figueroa, la dueña de la pensión en que vivía Eleázar, merecía en verdad el califica-

tivo de bellísima, aunque había entrado ya en edad madura y tenía una hija de diez y ocho años.

A medida que el tiempo marcaba más la desproporción de las condiciones físicas de ambos esposos, agravando la fealdad de él, sin marchitar la hermosura de ella, don Triboniano se volvía más desconfiado y celoso, y cuando venía con Inesita a la ciudad, advertíase en él la nerviosidad de un centinela condenado a vivir cuidando un barril de pólvora.

Nada, si no era la belleza de Inesita Figueroa, justificaba aquel estado de espíritu, porque ella era un modelo de esposas, tranquila, trabajadora y amable.

Kasin había advertido el escozor que producía su pregunta en el celoso catedrático, pero modificaba en seguida sus impresiones diciéndole al oído:

—¿Y cuándo lo tendremos de Rector?

El gesto de don Triboniano se dulcificaba instantáneamente, y con suave y melancólica voz respondía:

—¡Sólo Dios sabe!

Hacía tiempo que el eminente profesor estaba en condición de jubilarse, pero no se decidía a tomar el provechoso retiro, porque ambicionaba ser Rector, aunque fuera un año, aunque fuera un mes, aunque no fuera más que un día, por el honor de haberlo sido, y por el mayor sueldo que le correspondería en su jubilación.

Ser Rector y hallar un novio para Maclovia, su hermana, que vivía en su casa, pesando sobre sus pocas rentas, y turbando su paz con repentinos ataques de nervios, era su sueño dorado.

Y los estudiantes lo sabían y aprovechaban para sus fines tal conocimiento.

Llegar a Rector de la Universidad era, sin duda, empresa más fácil que casar a Maclovia.

Don Triboniano tenía en este punto una desconsoladora experiencia.

Hacía muchos años que buscaba entre sus alumnos el novio ideal para su hermana, bastante menor que él, pero harto ajada por las contrariedades de un celibato forzoso.

Cuando se aproximaba el verano, florecían las esperanzas de él y las ilusiones de ella, por-

que nunca volvía a la ciudad sin llevarle en el cajón del sulky un ramo de flores o un paquete de alfeñiques, obsequio de algún estudiante. Y es que con el verano se aproximaban los exámenes, y ya sabían sus discípulos que ésa era una forma práctica de granjearse su voluntad, para que les ayudara a salvar el terrible zanjón del derecho romano.

Hasta que don Triboniano comprendió la maniobra y se volvió más severo con los infelices alumnos que habían agasajado a Maclovia y llegaban al día del examen sin haberse comprometido formalmente con ella.

Por eso, al desventurado Belisario Carrillo no se le ocurrió conjurar la amenaza de su tío el cura, festejando simplemente a Maclovia, lo cual habría sido peor, sino casándose con ella antes de los exámenes.

La conocía por haberla visto de visita en casa de misia Felisa, con su cuñada, la hermosa Inesita, y tenía plena conciencia de la magnitud del sacrificio que se disponía a realizar para no perder aquella herencia.

—¡París bien vale una misa! — se dijo re-

sueltamente, y acabó de vestirse para ir en busca de don Triboniano.

Lo que más le amargaba era el pensamiento de que tendría que abandonar a Alcira, su novia, una linda y celosísima telefonista con quien bailaba tangos dos veces por semana, en una academia de danzas modernas que tenía el portero Natividad y que les servía a los estudiantes para hacer sus fiestas y preparar sus revoluciones.

Se echó a la calle y fué primero a la portería de un convento de monjas, cuya hermana tornera despachaba por el torno unos cartuchos de alfeñiques, sabrosos y expresivos como una declaración, y con uno de ellos se fué a la Universidad.

Nativo estaba en la puerta y rezongó, mirándolo apenas:

—¡A buen tiempo! Ya don Triboniano va a acabar la clase. Con una falta más, quedás libre y perdés el año... ¡desgraciado!

Belisario se puso a reír, y guiñó el ojo, golpeándose el bolsillo donde se advertía el bulto de los alfeñiques.

—¡Ya ésa no cuaja! Ya don Triboniano no cree en los alfeñiques. Tendrías que casarte antes de los exámenes.

—Me casaré...

—¡Infeliz! ¿Y después?

—¡Después la mataré! — y Belisario revolvió los ojos con una furia, en que un observador menos superficial que Nativo habría notado una real desesperación.

Entre un enjambre de muchachos que lo asediaban con cuestiones, apareció la solemne aunque esmirriada persona de don Triboniano, que aquel día inauguraba, honrando a la primavera, levita de lustrina, holgados pantalones sin planchar, de un gris que tiraba a celeste, botines amarillos para disimular mejor la tierra del suburbio, amén del ancho castor café que se encasquetó llegando al umbral.

En ese momento, sombrero en mano, lo abordó Belisario.

—¡Señor profesor!

Don Triboniano aseguró sus trémulos lentes de oro sobre la aguileña nariz para mirar al recién llegado, y como viese que se trataba del

peor estudiante de su clase, apenas disimuló un movimiento desdeñoso.

Los demás estudiantes se apartaron para que su desaplicado compañero pudiese hablar sin reparos.

—Tengo que hacerle una consulta, señor don Triboniano, sobre ciertas dudas...

¡Ah! Aquello cambiaba de aspecto. Don Triboniano simpatizaba grandemente con los alumnos que le consultaban: una, porque eso demostraba en ellos un noble interés por su excelso derecho romano, y otra, porque si el joven le parecía de buena índole, lo invitaba a su mesa y lo ponía en contacto con su hermana Maclovia.

Limpió sus cristales y miró cara a cara a Belisario, que aguardaba sonriente su respuesta.

—¿Y sobre qué punto de derecho romano son sus dudas? — interrogó, satisfecho de su examen, pues realmente Belisario tenía una fisonomía muy simpática y nada maliciosa.

El joven no había pensado en dudar sobre

ninguna cuestión discutida ni legislada por los romanos, y vaciló.

—¡Sobre la ley de las doce tablas! — respondió valientemente, lo cual hizo arrugar el frondoso entrecejo al profesor. ¡Vaya un tema para hacer cuestiones! Pero, en fin, él se debía enteramente a sus alumnos.

—¿Y cuándo quiere que hablemos sobre las doce tablas? ¿Ahora mismo?

—Si no hay inconveniente...

—¿Es cosa larga? ¿Son muchas las dudas?

—Bastante: tengo dos o tres dudas sobre cada tabla, conque calcule usted, señor profesor...

Los estudiantes habían ido estrechando el cerco, curiosos por saber qué se le antojaba a aquel bandido de Belisario, y advirtieron el bulto que hacían los alfeñiques en sus bolsillos y empezaron a repartirse los consabidos codazos.

—¡Un candidato más para Maclovia! O se casa de veras o lo revienta aunque sepa más que Papiniano.

Esto querían decir sus furtivas guiñadas y

sonrisas. Pero la cara de Belisario no era la de un hombre que diera pábulo a bromas. Parecía un reo en capilla. Don Triboniano volvió a contemplarlo a través de sus espejuelos, y más satisfecho cada vez de la fisonomía franca e ingenua del joven, corrió al teléfono y anunció a su esposa que iría a almorzar con uno de sus discípulos predilectos.

No había en toda la ciudad teléfono más usado que el de don Triboniano, en las horas en que éste andaba fuera de casa. Tanto amaba a su gentil Inesita y tales recelos le asediaban, que a cada paso inventaba un motivo para hablarla, a fin de cerciorarse de que ella permanecía junto a los dioses lares, como las Cornelias y las Lucrecias y las Virginias de los romanos.

—Usted, mi amigo Carrillo, se viene a almorzar conmigo. Tendremos toda la tarde para aclarar esas dudas.

Se tironeó los arrugados faldones de la levita, y salió, del brazo de Belisario, en busca del sulky.

El muchachito que lo cuidaba ya aguardaba, en la calle, sujetando de las riendas el viejo

caballito criollo, que paró las orejas cuando el profesor y el estudiante se acomodaron en el único asiento del cochecito.

Don Triboniano era distraído, como debe serlo todo sabio que vive en contacto con la antigüedad, y no bien se sentaron los dos, y empuñó él las riendas, se olvidó de su acólito y arrancó al galope.

—¡Don Triboniano, don Triboniano! ¡Mire que me deja! — gritó el muchacho corriendo detrás del sulky.

Pero el profesor, regocijado por la ya poco frecuente fortuna de llevarle un candidato a Maclovia, no oyó sus voces, y Belisario, que tenía la muerte en el corazón, no volvió la cara.

Y así llegaron los dos solos a la alegre casita suburbana de Inesita Figueroa de Barbarrosa.

III

Una margarita deshojada

Tenía jardín al frente, con una verja de madera pintada, y un ancho portón por donde pasaba el sulky.

Don Triboniano advirtió al llegar que se había olvidado de su acólito. Hizo descender en el jardín al visitante y volvió a castigar al caballo para conducir el sulky a la cochera, situada en el fondo de la casa.

—Espéreme aquí, mi joven amigo—le dijo.—Aspire el perfume de las flores plantadas por la mano laboriosa de *ella*, y considere la hermosura de la naturaleza primaveral.

Ella era Maclovia, cuyas habilidades había venido ponderándole don Triboniano durante el viaje.

Con esta recomendación pretendía el romanista ocupar a su visitante, hasta que él volviera después de desatar el cochecito.

Ignoraba que Belisario conocía ya a Maclovia y quería ser él quien se la presentara; además, por nada del mundo lo habría dejado en coloquios con su mujer.

Pero Belisario no se acercó a las flores ni se dignó contemplar la naturaleza. Sentíase oprimido por la mano omnipotente del destino, y en ese momento le parecía tan inútil rebelarse contra su propia determinación, como habría sido desatinado en un hombre que se tira de una torre protestar porque va llegando al suelo.

Había un banco a la sombra de un rosal y se sentó, ahogado por la fatiga de su corazón.

¿Qué diría su Alcira, su dulce y cosquillosa compañera de baile, conocedora de sus gustos en esa materia, cuando supiera quien la había substituído?

De pronto, en la galería que circundaba la casa, apareció una figura de mujer, que Belisario no quiso mirar hasta que ella se le aproximó suavemente y le dijo con voz afectuosa y llana:

—¡Cómo! ¿Ya han llegado? ¡Y yo que no sentí chillar la puerta!

Belisario alzó los ojos hasta ella y se sonrió con deleite. La amable Inesita le tendría amistosamente la mano.

—¿Y mi marido?

—Entró a dejar el sulky.

—¡Pero qué visita más agradable!

—¿De veras?

—Hace bastante que no voy por lo de tía Felisa, y hace por lo menos un año que no lo veo a usted.

—Así es, señora...

—¿Y cómo mi marido nunca lo ha invitado?...

—Porque yo no lo merezco, señora; porque yo soy el peor estudiante de la clase; porque yo *era* el peor estudiante...

—¿Ah, sí? ¿Va a enmendarse ahora?

—Precisamente he venido a hacerle una consulta sobre la ley de las doce tablas; tengo treinta y seis dudas en esa ley, tres dudas por cada tabla.

—¿Sabe que me parecen muchas?

Estaban los dos parados en el jardín, bajo el sol, dando la espalda a la galería, cuando sin-

tieron crujir las arenitas, y dos sombras se pintaron en el suelo. Volviéronse rápidamente, y se hallaron, Belisario cara a cara con Maclovia; Inesita, frente a frente con don Triboniano, cuyos ojos venían ardiendo en la cólera clásica de Tarquino el Soberbio y de Lucrecio, y de otros romanos fácilmente susceptibles.

Se olvidó de las presentaciones y estrujó disimuladamente el brazo de su esposa amedrentada.

—¡Explícate! ¿Quién te lo presentó?

Y como solamente una conciencia culpable se inmuta, Inesita contestó tranquilamente:

—¡Si nos conocemos hace años, de habernos encontrado en casa de tía Felisa!

Apaciguóse el tumultuoso corazón de don Triboniano, porque era accesible a las explicaciones, y viendo que Maclovia mientras Belisario le dirigía la palabra se había puesto a deshojar una margarita, sin arrancarla de la planta, guiñó el ojo a su mujer:

—Ha venido a hacerme una consulta, pero estoy temiendo que ya se le haya aclarado la duda que tenía.

—¡Treinta y seis dudas tiene sobre las doce tablas! Te va a dar mucho trabajo, Tribonia-no mío...

Chilló el portón de la verja, y penetró en el jardín, con la lengua fuera, el muchachito del sulky.

—¡Desventurado! ¿Te viniste a pie? ¿Y corriendo?

El muchacho, sin pronunciar palabra, se echó de bruces a la sombra de un árbol, e Inesita y el profesor acudieron a mojarle las sienes.

Maclovia, con el consabido egoísmo del amor naciente, aprovechó la circunstancia para alejarse algunos pasos, a fin de que Belisario le explicara bien el nacimiento de aquellas dudas misteriosas en un asunto tan claro como el de las doce tablas.

Ella quería hacerle llegar a la confesión de que tales dudas no eran más que un pretexto para acercársele y contarle que la amaba. Tenía esa imaginación pródiga de los enfermos que mueren antes que sus ilusiones, esa invencible esperanza de los náufragos, que en todo

copo de espuma creen ver una blanca vela que se dirige a salvarlos.

Esa tarde, cuando él se fué, ella se quedó palpitante como una novia que está ya preparándose el ajuar.

Una línea del tranvía eléctrico pasaba no lejos de allí, y Belisario fué en su busca para volver a la ciudad.

Llevaba los ojos turbios de sueño y la boca amarga de desesperación; pero iba poseído de una especie de frenesí que le hacía hablar mientras recorría la calle sombreada por altos carolinos.

—¡Ya verá mi tío el cura si paso o no el derecho romano!

IV

Misia Felisa espera a alguien

"En fin, mi amado tío, puede estar seguro de que esta vez no lo engañaré.

"Su sobrino que lo quiere y le pide la bendición..."

Terminó Belisario la carta a su tío y salió al patio, donde sentía conversar a misia Felisa con Eleázar, al pie de la toronja.

Eran las siete de la mañana. Hacía una semana que el joven estudiante había empezado a resolver sus dudas acerca de las doce tablas, y ¡cosa extraña!, ahora que podía dormir tranquilo, porque su heroica determinación de conducir al altar a la apasionada Maclovia le aseguraba el éxito de sus exámenes, ahora le había dado en levantarse a la misma hora de Eleázar, para arrojarse desesperadamente al mar del derecho romano.

¡Era un último esfuerzo para escapar a su destino!

Misia Felisa y Eleázar estaban sorprendidos y edificados ante aquella repentina y radical transformación.

Pero en vano lucha el hombre contra la fatalidad. Belisario se dormía sobre los gruesos volúmenes de Savigny y de Maynz, aprovechando la dulce penumbra en que quedaba su habitación cuando misia Felisa, por mantenérsela fresca, le entornaba la puerta del patio.

—¡No te vayas a dormir, Belisario!

—¡Qué esperanza! Para dormirme sobre el libro, seguiría durmiendo en la cama...

Y a pesar de sus promesas y de sus esfuerzos, no bien empezaba a deletrear las primeras palabras, lo invadía un sueño tan deleitoso, que por rendirse a él habría sacrificado un mundo. Eran los momentos en que se le aparecía Maclovia, vestida con su traje de muselina primaveral y deshojando una margarita, le decía: "¡Duérmete! Yo me encargo del examen..."

El mísero dormía.

Esa mañana se convenció definitivamente de

su impotencia y entre dos cabezazos se resolvió a escribirle a su tío el cura, de quien había recibido una enternecedora y a la vez amenazante epístola.

Cerró el libro y escribió la carta. Puso la firma y se la metió al bolsillo, para echarla en el primer buzón que hallara, y salió al patio.

Misia Felisa estaba con una bandeja recibiendo las toronjas que Eleázar, siempre de sobretodo, subido al árbol, iba cortando y le arrojaba.

Entretanto la buena señora le hablaba discretamente del bautismo, conversación que el ruso no rehuía. Sólo que se interesaba más, con ese afán de saber de todo que él tenía, por aprender a hacer dulce de toronjas.

—Si me prometés leer un librito que te voy a dar, te enseñaré a hacer dulce de toronjas, y de pelones, y de sandía callota, y de limón sutil, los cuatro dulces más difíciles.

—Sí, señora, lo leeré; ¿qué libro es?

—El Catecismo de la doctrina cristiana, por el padre Astete — respondió la dama, ruborizándose de su propio celo apostólico.

Belisario apareció en ese momento.

—Ya concluí de estudiar mi bolilla, — dijo.

Misia Felisa lo estimuló con una sonrisa, y no le dió una diamela de sus plantas, como solía, cuando estaba contenta de él, porque tenía las manos ocupadas con su bandeja cargada de toronjas.

Belisario se apresuró a quitársela, y ella explicó sus planes.

—Voy a hacer un dulcecito para cierta persona que yo sé... — y al decirlo miró maliciosamente a Belisario, el cual creyó que aquella persona sería Maclovia y se sorprendió de la sagacidad de la dama.

—¿Estás triste, Belisario? — le dijo ella cariñosamente, y él contestó con voz sorda, casi desesperada:

—¡Estoy enamorado, estoy de novio! ¿Cómo piensa que puedo estar alegre?

—¿Estás de novio? — exclamó misia Felisa con sincera sorpresa. — Más vale así, si es buena la niña. Pero, yo tenía cierto plan, con cierta persona, que vos no conocés...

—¿Que yo no conozco? — preguntó Belisa-

rio súbitamente interesado. — ¿Quién es esa persona?

—¿Para qué voy a decirte el nombre si ya es tarde?

El joven suspiró.

—Tiene razón — dijo tan humillado que misia Felisa temió haberlo ofendido con sus reservas.

—¡Hombre! ¡No lo tomés así! Te diré quién es ella, aunque no la conocés y aunque sea inútil decírtelo. Es una parienta mía.

—¿Una parienta suya?

—Una sobrina mía.

—¿Una sobrina suya?

—Que no vive en la ciudad.

—¿Que no vive en la ciudad?

—¿Qué te pasa? ¡Parecés un eco!

—Me pasa que yo conozco a su candidata...

—¿Quién es?

—¡Maclovia!

Misia Felisa soltó una alegre carcajada.

—¿Estás en tu sano juicio, Belisario? Mi candidata tiene treinta años menos que Maclovia: es Beatriz, la hija de Triboniano...

Belisario se mordió los labios, porque advirtió que la rama de la toronja en que estaba parado Eleázar temblaba, como si aquel pájaro extraordinario estuviera ahogándose de risa.

—Voy a traer una canasta, porque ésa ya está llena — dijo misia Felisa, advirtiendo que en la bandeja que tenía Belisario no cabía una toronja más.

Cuando ella se alejó, el estudiante dijo con voz colérica al ruso:

—¿Por qué te reís, Eleázar? Me tengo que casar con Maclovia, pero la culpa no es mía, sino tuya.

—¿Mía? ¿Te he aconsejado yo ese matrimonio?

—¡Tuya, tuya! No estudié al comienzo del curso, confiado en la revolución que anunciabas para abolir los exámenes. Ahora ya no pensás en la revolución, y como tampoco es tiempo de estudiar, no tengo más remedio...

Belisario se interrumpió y agregó luego con voz suplicante:

—¿Te has hecho conservador, Eleázar? ¿Por qué has abandonado la idea de la revolución?

¿No decías que querías ser como Lincoln? El abolió la esclavitud, y vos abolirías los exámenes. ¿No querés ser ya como Lincoln?

—¡Este año, imposible! — respondió secamente Eleázar. — El rublo está muy bajo. No tendremos recursos. El año que viene...

—¡Mi tío me esperará hasta el año que viene! — dijo entre dientes Belisario, volcando las toronjas de su bandeja en una canasta que traía misia Felisa.

—¿Ese noviazgo es serio? — preguntó la dama al estudiante.

—Sí, señora. Lo que hay de más serio en el mundo. Serio como un tedéum; más todavía: serio como un funeral...

—¡Jesús, hijo! ¡Qué ideas se te ocurren! Bueno, Elearcito, no cortés más. Tengo de sobra para mi dulce. Le haremos una partecita para tu Maclovia.

Misia Felisa dijo estas últimas palabras mirando con picardía a Belisario, por si la noticia del noviazgo era una broma, pero lo vió tan preocupado que se rindió a la convicción. Qui-

so entonces remediar en algo la indiscreción de sus primeras palabras.

—Maclovia es una buena niña—dijo, y cambió de tema.—Este dulce es de los que se hacen a fuego lento. Tarda seis días en terminarse, entre cortar los cascos y sacarles el amargor y cocerlos en la paila; y otros cuatro en almibararse bien. Leé el Catecismo, Eleázar, y te enseñaré a hacerlo. Dentro de diez días, cuando esté concluído, vendrá mi sobrina Beatriz.

—Dentro de diez días — dijo Belisario—nos estarán leyendo las amonestaciones en la parroquia...

V

En casa de la adivina

El misterio con que se guardan ciertos secretos de amor, suele ser harto convencional.

Así existía, entre Belisario y Maclovia, un secreto conocido por media ciudad.

A la hora en que don Triboniano dictaba su clase, Belisario, que fingía despreciar a los que asistían a ella, seguro de pasar en los exámenes, sin tomarse ese trabajo, se iba al corralón donde se guardaba el sulky del romanista, acariciaba al muchacho y deslizaba en su cajón un cartucho de alfeñiques y una cartita para Maclovia, llena de amorosas disculpas por no ir ese día a visitarla.

Así como se marchaba él, caía el portero de la Universidad, interesado en seguir el proceso de aquel noviazgo, por la seguridad del préstamo concedido a Belisario, y mediante una

segunda palmada al caballerizo examinaba el cucurucho de dulces.

No faltaba luego algún estudiante curioso, que pidiera al chico cuidador permiso para alzar el asiento del sulky y ver qué le mandaba ese día Belisario a su novia.

Finalmente llegaba don Triboniano, satisfecho y solemne, y aunque el asunto de los alfeñiques se tramitaba a escondidas de él, también él levantaba la tapa del cajón y echaba una mirada al cartucho y se restregaba las manos, diciendo:

—¡Ninguno de los festejantes ha sido más puntual que éste!

Guardado el cochecito en la cochera y a puertas cerradas, se producía la última inspección.

Llegaba Maclovia con blancas y flotantes vestiduras, como una virgen de ópera, abanicándose el rostro, ardido en pudores, con una perfumada varita de frágiles nardos. Se deslizaba ocultamente en el galponcito que olía a alfalfa seca, y metía ansiosamente la mano en el escondrijo, pareciéndole que el misterio im-

penetrable con que los alfeñiques y la carta le llegaban acrecentaba su amoroso significado.

Ella habría deseado que Belisario fuese cada noche a visitarla, pero la proximidad de los exámenes, según explicaba el joven, lo retenía en la ciudad.

Una mañana don Triboniano observó que los asistentes a su conferencia eran muy escasos, y al salir de ella se encontró con un colega que le transmitió la misma impresión.

Estaban en la época trágica en que los estudiantes viven sobre los libros, debilitados por el insomnio y el estudio, y al borde de la desesperación, y aun del suicidio.

No les pasó inadvertida una especie de reunión que se tenía en el centro de uno de los grandes patios. Algunos estudiantes conversaban allí en voz baja, vigilados por los sagaces bedeles y hasta interrumpidos por Nativo, que, más confianzudo y audaz que los bedeles, se mezclaba entre ellos y les deslizaba algunas misteriosas palabras.

Pero la verdad es que en ese momento Nati-

vo no actuaba por cuenta de las autoridades de la casa, sino por su propio interés.

Desde hacía tiempo observaba la buena disposición en que vivían los muchachos para hacer revoluciones, y con un sentido práctico, viendo que un día u otro la revolución estallaría, hecha por Eleázar, o hecha por cualquier otro, preocupábase de estar bien con los que podían hacerla, porque aspiraba a conseguir una cátedra en el nuevo régimen.

Estaba cansado de ser portero, sueldo escaso y jerarquía ínfima. Quería ser profesor y se había hecho retratar en la misma fotografía y con el mismo decorado que lo hacían los catedráticos de la Universidad: de levita, que uno de ellos le regaló, y en un magnífico sillón de altas perillas y de brazos terminados en dos cabecitas de león.

Sus letras no eran muchas, como que nunca había podido aprender todas las del alfabeto, pero ya sabía él que después de una revolución libertadora, conforme a los principios de los bolsheviquis no serían muy exigentes en esa materia.

Aparte de que él no aspiraba a una cátedra de romano ni de civil. Bastábale con que le crearan una de trabajos manuales o de bailes criollos, en que era muy ducho.

—¡Cuidado, muchachos, con el bedel! — iba diciendo de oreja en oreja. — Si quieren un sitio donde reunirse, vayan mañana a la noche a mi academia de baile, y estarán como en su casa. No les cobraré entrada.

La insinuación fué atendida, y pronto el patio de la Universidad quedó libre de estudiantes.

Nativo se aproximó entonces a uno de los preocupados bedeles, y como persona bien informada lo tranquilizó.

—¡No es nada! Están preparando una farra para festejar el fin de curso.

Belisario había asistido esa mañana a una clase de derecho civil, a cuyo profesor no le podía festejar la hermana, y salió en seguida, resuelto a dar uno de los pasos más costosos que implicaba su noviazgo.

Por ese motivo no se informó que un grupo de estudiantes en peligro, sin preocuparse de si Eleázar Kasin les acompañaría o no, se decidía

a recoger la bandera abandonada por el ruso y hacer ellos la revolución y abolir los abominables exámenes.

Belisario entró en su casa a dejar los libros, y se halló de manos a boca con misia Felisa que estaba muy afanada en colocar los cascos de su dulce de toronjas en una dulcera para mandarlos a su destino.

—Mañana a las ocho llega mi sobrina Beatriz. Te iba a pedir que me acompañaras a la estación a recibirla...

—Con mucho gusto, Felisita...

—Pero ya no es necesario; Elearcito se me ha ofrecido.

—¡Hum! — respondió con mal humor Belisario, que empezaba a tenerle tirria a su compañero de pieza.

Dejó allí la conversación, y salió en busca de Alcira la telefonista, su compañera de bailes, que se creía su novia, y que a esa hora se iba a almorzar, aprovechando un relevo en el servicio.

Hasta ese día no se había animado a contarle su resolución de casarse con Maclovia. Rete-

níalo el temor al ridículo y una vaga esperanza de que aun al pie del altar podría escapar a su espantoso destino.

Pero no podía seguir engañándola y por eso iba ahora a darle una cita en la academia de Nativo, para la noche siguiente. Bailaría con ella dos o tres piezas, le diría que se volvía a su tierra y se despediría para siempre, besándole respetuosamente la mano, como hacen los príncipes en las oleografías.

No quería decirse a sí mismo que la carne se le erizaba al pensar en lo que haría su linda Alcira. Porque la muchacha, como linda, realmente no tenía peros que ponerle. Eso sí, un corazón efervescente como un sifón de soda, un genio pronto como un buscapié y capaz de concebir y ejecutar la peor atrocidad, cuando se trataba de vengar una ofensa.

Caminaba a grandes trancos hacia el mercado del sud, en cuya vecindad vivía Alcira y donde podría encontrarla y cambiar con ella algunas palabras.

Iba tan absorto en sus cavilaciones, que marchaba sofocado por la acera del sol, abanicán-

dose furiosamente con su sombrero de paja.

Un chistido lo detuvo en seco.

—¡Chist! ¡Belisario! ¡Belisario!

Llamábanlo a través de las persianas de una ventana de rejas, llena de malvones floridos.

Se aproximó, pareciéndole conocer la casa, una casa humilde, con puerta baja, de umbral de madera dura, y de ancho zaguán enladrillado con viejos ladrillos que bailaban al pisarlos, y un patiecito rezumando verdín y atestado de plantas en toda suerte de vasijas, desde la orondа media tina hasta la modesta cacerola desportillada.

—¡Yo he venido antes aquí!—se dijo, al pisar el umbral. — ¡Pero si es la casa de *Pata de Zorra!*

De adentro salió en ese instante Natividad, que había ido a interrogar a la famosa adivina acerca de la suerte de unos trescientos pesos que tenía prestados a cierto estudiante.

No era Nativo muy crédulo, pero en determinados casos, cuando no sabía cómo penetrar en los arcanos del porvenir, llegaba hasta consultar a *Pata de Zorra.*

—¡Entrá, Belisario! Me está diciendo cosas interesantes.

—No puedo, tengo que verme con Alcira; quiero despedirme de ella mañana a la noche. Voy a citarla.

—Dejala a Alcira o mandale un papelito. Justamente, aquí tenés este chico para que le lleve el mensaje. Entrá, que me parece que hay que creer o reventar.

—¿Qué le has preguntado a *Pata de Zorra?*

Nativo se rascó la cabeza un poco avergonzado.

—Vos sabés, hijo, que tengo que cambiarle el piso al salón de baile, y he venido a preguntarle si puedo encargar el trabajo, contando con esos pesitos que me debés.

—¡Nativo!—exclamó Belisario indignado. —¿Tan poca confianza me tenés ya? ¿Por qué no me lo has preguntado a mí?

Nativo se puso a reír bajito.

—¡Si vos mismo no sabés si tu tío el cura va a soltar la mosca!

—Sí, la va a soltar, porque yo pasaré... Tranquilízate, Nativo. Mi resolución es irrevo-

cable. Lo único que me faltaba, que era despedirme de Alcira, lo haré mañana. Tus pesos están más seguros que si los tuvieras en el Banco de la Nación. ¡Mañana quemaré mis naves, Nativo!

Pata de Zorra, que se había quedado en su pieza haciendo solitarios con el naipe mágico, oyó la discusión y se asomó.

Era una paraguaya madura de edad, de cabello negrísimo y de ojos soberbios, sagaces y luminosos, como corresponde a quien debe escudriñar las tinieblas del porvenir.

—Entre, Belisarito. ¿Ya no conoce mi casa? ¡Y no hace ocho días que anduvo por aquí!

Decidióse Belisario a mandar un mensaje a Alcira en vez de buscarla, y penetró en la pieza de la adivina, que nada tenía de particular en su decorado, a no ser una imagen de bulto de San Roque, en un rincón, alumbrada con una lamparita de aceite, y muchos cuadros colgados en las paredes, unos de santos, otros de asuntos de ópera, "Carmen", "Cavallería Rusticana", "Rigoletto" amén de algunos retratos de larga data. En el fondo de la pieza estaba el lecho de

la adivina, una cama ancha de caoba, cubierta por una blanquísima colcha de ñanduty, que era su orgullo y el único recuerdo valioso que conservaba de su patria. En el medio, una mesa redonda, cubierta en parte por una bayeta verde, sobre la cual había desplegado el naipe, asaz pringoso.

Tomaron asiento los tres, y *Pata de Zorra* con la mayor solemnidad barajó las cartas y pareció anegarse en una profunda meditación. Luego dijo, sin mirar a nadie:

—¿Usted, señor Nativo, quiere saber si va a ser nombrado catedrático de la Universidad?

El portero se puso carmesí bajo la mirada burlona de Belisario.

—¿Cómo es eso, viejo? ¿Ahora te nacen esas ambiciones?

—¡No, no! Yo no he preguntado eso. Yo he preguntado lo otro, si puedo encargar que me cambien el piso.

—Veo como un mar de plata, señor Nativo; y lo veo a usté nadando en ese mar. Esto quiere decir que dentro de poco va a estar nadando en la abundancia,

—¿Por qué me van a pagar lo que me deben o por otra cosa?

—¡Hombre! ¡Tanto no se puede averiguar de las cartas!

Pata de Zorra miró a Belisario que se estremeció bajo aquella magnífica mirada, como si realmente le leyera el destino. Procuró aguantar sin pestañear la llamarada de los ojos de la adivina, y dijo sugestionado:

—Yo necesitaría saber algo más de lo que me dijo el otro día.

—¿Qué le dije?

—Que pasaría en los exámenes, pero no me dijo cómo, si a fuerza de estudio o de otro modo.

—Yo vi en los naipes una lluvia de azahares.

—¡Sí, sí!

—¿Y todavía quiere saber algo más?

—Sí.

—Bueno... son dos pesos...

—Nativo,—susurró Belisario al oído del portero,—adelantáme esos dos pesos. Los alfeñiques me han fundido.

Nativo disimuladamente le alargó el dinero,

y *Pata de Zorra* entornó los ojos y empezó a mascullar frases sin sentido.

—Azahares, azahares... eso quiere decir una mujer... una novia que interviene... Puede ser... aquí no veo bien, si es... parece que es... la hija del profesor.

—¡Consolatrix afflictorum! — exclamó Belisario, que en sus grandes emociones invocaba a la Virgen en latín, según la enseñanza del cura. — ¿Dice usted la hija? ¿No es la hermana?

—¡La hija, la hija! — repitió con aire alucinado *Pata de Zorra.*

Belisario se echó, llorando de ternura, en brazos de Natividad.

Pero éste lo apartó dulcemente.

—No te precipites en la alegría Belisario. Don Triboniano no tiene más que una hija...

—¡La hija, la hija! — exclamó Belisario, paladeando la dulzura de aquel cambio de perspectivas.

—Y esa hija está ofrecida al senador Balmaceda, que le ha prometido conseguir del ministro que lo nombre Rector. Lea bien, misia *Pata de Zorra,* lea bien la edad de esos azahares...

Belisario quedó anonadado y cuando la adivina dijo: "Los azahares parecen un poco marchitos", se desplomó en la silla, como si le acabaran de cortar la carótida.

Natividad tuvo que darle el brazo, y juntos salieron del consultorio.

VI

El novio de Beatriz

Tan aturdido quedó Belisario que no se acordó de interrogar a Nativo acerca de su repentino rubor cuando la adivina le habló de una próxima cátedra.

En otros momentos Belisario hubiera sospechado que el portero tenía secretos indicios de alguna revolución estudiantil. En esos momentos no pensó más que en la sentencia sin apelación que le caía encima con la visión de azahares marchitos que pintó *Pata de Zorra.*

Pero, como la esperanza se filtra hasta el más entenebrecido corazón humano, por el menor resquicio, Belisario no apartó de su memoria en todo aquel día la vacilación de la adivina al mencionar la novia. "La hija del profesor"... había dicho, y aunque luego se corrigiera, la imagen de Beatriz, de quien tenía una luminosa

pintura hecha por las palabras amorosas de misia Felisa, llenó sus pensamientos.

Esa tarde, a la siesta, habló dormido, y Eleázar recogió sus confidencias al aire.

—¿Qué has soñado, Belisario? Te he oído hablar en sueños, — le dijo cuando tomaban la merienda.

—¿Qué decía?

—Has dicho muchas veces: "*Pata de Zorra*, ¿por qué no ha de ser la hija?"

Misia Felisa, que asistía a la conversación, murmuró descontenta:

—Me extraña que mozos inteligentes anden consultando a las adivinas. *Pata de Zorra* es una embaucadora. Digo mal, era una buena mujer que no ganaba suficiente conchavándose de cocinera, y se ha puesto a decir la buenaventura. Parece que eso le rinde más, porque es muy astuta y sabe perfectamente dónde le aprieta el zapato a cada quisque que va a consultarla.

Belisario no quería desagradar a la dueña de casa, y echó a broma sus visitas a *Pata de Zorra*, y aseguró que tenía tanta confianza en sus

pronósticos como en la carabina de Ambrosio; pero no quiso desperdiciar la ocasión y dijo a misia Felisa:

—¿A qué hora llega el tren de Buenos Aires, mañana?

—A las ocho.

—Yo también quiero acompañarla a la estación.

Eleázar le echó una mirada furibunda, porque disminuirían las sonrisas que le iban a tocar a él de la recién llegada. Hasta en el gélido ruso habían prendido los entusiasmos de misia Felisa.

El hecho es que al día siguiente, media hora antes de llegar el tren, los tres se encaminaron a la estación.

—Parece una madre con dos hijos mozos, — le dijo la china Estaurofila al verla salir en compañía de los estudiantes.

Como de costumbre, Eleázar vestía su hopalanda que casi le llegaba a los talones, y para defenderse del sol, un sombrero de paja, con lo cual su figura no podía ser más llamativa.

—Pero, Elearcito, ¿por qué no dejas el sobretodo? ¿No tenés calor?

—No, señora; yo nunca tengo calor.

—Más bien debieras decir: "Yo nunca tengo los calzones sanos" — le observó Belisario. — ¿Por qué no confesás llanamente que Lenín te ha girado la mesada en rublos papel y no te alcanzan ni para mandarlos zurcir?

—¡Intrigante! — refunfuñó Eleázar.

Misia Felisa intervino para apaciguarlos. Iba radiante, y quería que todos participaran de su felicidad. Hacía cuatro años que no veía a Beatriz, desde que la mandaron con unos parientes de su padre, a un colegio aristocrático porteño.

También en casa de don Triboniano se advertía la proximidad de una gran dicha. No hacía tanto que los padres no veían a su hija, porque en aquel tiempo habían viajado dos o tres veces para visitarla; pero la idea de tenerla para siempre a su lado llenaba de gozo los corazones.

—¿Sabes, consorte mía, que es una exagera-

ción decir que *siempre*, lo que se llama *siempre*, vamos a tenerla a nuestro lado?

—¿Por qué, Triboniano? — preguntó alarmada la madre.

—¡Hum! — exclamó el romanista, que a veces quería hacerse el misterioso. — ¿No adivinas?... Empieza con B mayúscula...

—¿Qué es lo que empieza con B mayúscula? — preguntó Maclovia, que alcanzó a pispar la conversación y era especialista en charadas.

—La razón por la cual no podemos decir que *siempre* vamos a tenerla a Beatriz con nosotros.

—¡Balmaceda, Balmaceda! — exclamó Maclovia, saltando como una chiva vieja y palmoteando de alegría. — ¡Balmaceda se le ha declarado!

—Por lo menos, lo que el senador Balmaceda me ha dicho ayer, equivale a una declaración. Me preguntó la hora exacta de la llegada, y me anunció que hoy vendría a buscarnos en su automóvil, donde caben ocho personas, para que fuéramos a esperarla. ¡Allí está!

Sonó en ese momento la corneta de un auto,

y don Triboniano, de guardapolvo y casquete, corrió a abrir la verja.

Maclovia se puso muy alegre con aquella noticia. Desde hacía algún tiempo notaba una disminución en las expansiones amorosas de Belisario y hasta en el número de alfeñiques de cada paquete.

Había trasmitido pudorosamente sus inquietudes a don Triboniano, el cual después de meditar un poco la tranquilizó con estas palabras:

—Pierde cuidado, hermana Maclovia; antes de los exámenes se habrá hecho la boda. Yo sé por qué te lo digo.

—Entonces, hermano Triboniano, invítalo a comer con más frecuencia.

El romanista se sorbió los labios, signo de perplejidad. No le gustaba mucho que Belisario frecuentara su casa, porque había observado que hacía muy buenas migas con su esposa.

—Deja ese asunto en mi mano, hermana Maclovia.

Naturalmente a la pobre Maclovia la inquietaba el arribo de una chica traviesa y bo-

nita una Beatriz. Tendría que vigilarla a ella para que no se interesara por él, y a él, para que no anduviera estableciendo comparaciones entre la tía y la sobrina.

De allí su alegría al saber que el senador Balmaceda parecía enamorado. Esto, en cambio, entristeció a Inés que deseaba para su hija un novio más joven y de mejor presencia, "algo así como Belisario", tal le dijo inocentemente a la infeliz Maclovia, que se espantó al oirla.

Era el senador Balmaceda un viudo rico, bastante metido en años, y muy influyente en las esferas políticas.

Bajito y obeso, parecía una oveja sentada, y su testa, cubierta de rulitos grises, bien apretados, y su cara larga y dulce, aproximaban el parecido.

Hombre de gustos moderados, tímido en amoríos, suave y crédulo, pensó, después que hubo llorado tres años a su difunta mujer, en darle una reemplazante, corregida de los defectos que la experiencia matrimonial le enseñó en aquélla.

Su mujer había sido más vieja que él y más desabrida que el caldo de mazamorra, y más

anticuada que una cornucopia, por todo lo cual el ideal de segunda mujer que se forjó fué el de una muchachita muy a la moda, muy alegre y muy sabrosa.

¡Difícil de realizar aquel ideal! Y así fué corriendo el tiempo, hasta que en Buenos Aires un día topó con don Triboniano y su mujer que iban a visitar a su hija, y que lo invitaron a acompañarlos, como buenos provincianos, que en la gran ciudad se sienten más unidos...

¡Trombones y platillos! ¡Aquél era su ideal!

La colegiala dejaría de serlo antes de un año, y era ya tan alta como su madre.

Llegó a la sala de visitas con las manos juntas y los ojos bajitos y una ancha cinta celeste al cuello, de la cual pendía una gran medalla de plata, signo de lo bien que se conducía.

Pero en cuanto advirtió que en la sala no había ninguna monja, apartó las manos, levantó los ojos y empezó a charlar como un altoparlante, y miró a Balmaceda en todas las formas posibles, de frente, posando en él sus dos magníficas pupilas negras, como dos gotas de alquitrán que hubiesen caído en el pétalo de dos flores

celestes, o bien de rabillo, torciendo la cara hacia la izquierda, donde estaba su madre, o hacia la derecha, donde estaba su padre.

El pobre senador salió de la visita babeándose, y empezó a sondear el terreno por el lado de los padres.

Sus ilusiones no brotaron por entonces. Don Triboniano cortaba ásperamente cuánta conversación se refería a su mujer o a su hija. Solamente sonreía, descubriendo sus tres dientes espantosos, cuando se le hablaba de Maclovia.

Pero un día llegó el inocente Balmaceda a percatarse de los dos más urgentes ideales del romanista: casar a Maclovia y ser Rector de la Universidad.

En cuanto a casar a Maclovia, por su parte, nada había que hacer: antes se casaría con la abuela de Caperucita Roja que con ella.

Pero, lo de ser Rector ya era breva de otra estación, porque él podía influir ante el Ministro de Instrucción Pública para que nombrara a don Triboniano, pues el tal Ministro era concuñado de una tía de su primera mujer; y es sa-

bido cuánto pesan en las esferas políticas los parientes, aunque sean un poquito alejados.

—Dé por hecho ese nombramiento, amigo don Triboniano. He hablado con el Ministro. Sólo hay que esperar que termine el período del actual Rector.

Don Triboniano quedó como dicen que está el alma de Garibay, entre el cielo y la tierra. Y así, trayéndole palabras del Ministro, cada vez que regresaba de la Capital Federal, fué el senador Balmaceda infiltrándose en el corazón del romanista, hasta lograr que su tercer ideal fuera hacerlo su yerno para asegurar la Rectoría.

Pero he aquí que a medida que se aproximaba el momento de verse otra vez delante de la coquetísima colegiala, el senador Balmaceda desfallecía.

Esa mañana cuando acudió en busca de ellos, iba pálido y sudoroso, como un escribano en agonía. Habíase esmerado en aderezarse y en sus dedos amorcillados brillaban estupendos solitarios.

Repantigáronse los cuatro en el magnífico

automóvil, y partieron. Don Triboniano de galera alta, de levita flamante y de guantes color pelusilla de pichón, daba idea de que iba a retratarse.

Entraron en la ciudad y en la calle, flaqueada por construcciones antiguas y pobres, encontraron, cerca ya de su destino, la modesta caravana de misia Felisa y los dos estudiantes.

Maclovia reprimió un grito de alegría al ver a Belisario.

—¡Idiota de mí! — exclamó el senador, guiñándole un ojo. — Yo pude anunciarle que se iba a encontrar con él.

—¿Sí?

—Sí. El portero de la Universidad, que todos los días me da lección...

Se paró en seco, temeroso de ridiculizarse; pero don Triboniano, que adivinó de qué eran aquellas lecciones, prosiguió:

—De tango... ¡el saber no ocupa lugar!

—Pues, sí, de tango — respondió Balmaceda, rojo como un tomate. — Nativo me contó que Belisario iría a la estación acompañando a misia Felisa.

Por su parte, misia Felisa, que era miope, no alcanzó a distinguir bien la cara del senador y preguntó:

—¿Quién es esa señora que va en el asiento de atrás, con cara de carnero?

—Es el senador Balmaceda, — respondió Eleázar que conocía a todo el mundo; y para hacerlo rabiar un poco a Belisario, cuyos pensamientos adivinaba, agregó:

—Es el pretendiente oficial de la señorita Beatriz.

Misia Felisa suspiró y dijo en voz baja:

—Yo tenía otro ideal para ella.

VII

Beatriz confunde sus parientes

Reuniéronse en un solo grupo los que esperaban a Beatriz, y bajo la mirada inflexible de don Triboniano, Belisario se acercó a Maclovia y le entregó mimosamente un cartucho de alfeñiques, que con gusto hubiera destinado a la que iba a llegar.

Maclovia lo recompensó con una fulgurante sonrisa y una rosa, cuyo rabito ella misma había estado mordisqueando con sus dientes blanquísimos, algunos de los cuales (¡ay! Belisario no podía decir *cuáles*) eran postizos.

Se le acercó a la oreja y murmuró:

—Pichoncito querido, ¿no ves qué ridículo está Balmaceda con un ramo de flores más grande que su novia?

Belisario miró al senador que resoplaba so-

focado por una brazada de flores suficientes para llenar la tumba de la inmortal Ofelia.

—Realmente está ridículo, pero ¿cuál es la novia?

—¿No sabes, gatito, que es Beatriz?

—¿Desde cuándo?

—Desde hace mucho; es asunto concluído, los dos están entusiasmadísimos.

—¡Cuánto me alegro! — exclamó Belisario apretando los puños.

—Y yo también, pollito mío...

—¿Querrías, Maclovia, no ponerme más nombres de bichos domésticos?

La acritud con que Belisario pronunció estas palabras, que revelaban una furia escondida, desconcertó a Maclovia.

—Pero, pavito mío, ¿estás de mal humor? Ya comprendo... el estudio de fin de año...

—¡El derecho romano! — gruñó Belisario.— ¡Malditas sean las doce tablas!

La estrepitosa llegada del tren ahogó su maldición.

Los que esperaban a Beatriz se pusieron en fila, prontos a correr al sitio donde apareciera

la viajera, que venía acompañada de unas monjas.

Pero tuvieron suerte, porque al detenerse el convoy, frente mismo a misia Felisa, asomó por una ventanilla, la más graciosa carita de muchacha que pudo soñar el más fogoso estudiante universitario.

—¡Aquí está! — exclamó misia Felisa.

—¡Hija mía! — exclamaron juntos el padre y la madre.

Con la punta de los dedos desparramó ella sobre el grupo un puñado de besos. Balmaceda enrojeció y se chupó los labios, y Belisario palideció como si lo abrieran en canal.

—¡*Stella matutina* que es bonita! — dijo. — ¡Malditos sean todos los jurisconsultos de la antigüedad!

—¿Qué estás diciendo, gallinita mía? ¿No gustas la mitad de este alfeñiquito? Yo he mordido la otra mitad...

Se eclipsó Beatriz de la ventanilla, y segundos después apareció en la portezuela con un valijín, y abriendo los brazos saltó al andén con la elegancia de un gorrión.

Todo el grupo se cerró alrededor de la muchacha, que con un cariño frenético empezó a distribuir abrazos. Y abrazó a su padre y lo besó, y abrazó y besó a su madre, y abrazó a Maclovia, y le tocó el turno a misia Felisa, quien la estrechó tan larga y fuertemente contra su pecho, que la muchacha quedó como ciega y aturdida un instante, y se echó con los brazos abiertos sobre la persona que estaba junto a misia Felisa y le plantó dos besos en los carrillos.

Y esa persona era Belisario, que en el momento de la distribución de caricias se puso pegadito a los parientes por si algo sobraba. Retribuyó el abrazo con toda su alma, lo más largo que pudo, y dió, en la saludable carita de la muchacha, los dos besos más sonoros de ese día.

Un ¡ah! de reprobación cundió en el grupo, que se desplegó en una sola fila silenciosa y hóstil, delante de la cual los dos culpables, entre risueños y confundidos, permanecieron con la cabeza gacha.

La primera que rompió el silencio fué misia Felisa:

—Como la pobrecita hace tantos años que no viene, no conoce a sus parientes.

Beatriz soltó la carcajada y dijo:

—Bueno, hagan el favor de dar un paso atrás los que no sean mis parientes, para no seguir confundiéndome. Usted no, senador Balmaceda. No se mueva de su sitio. No tenga miedo que lo bese, ya lo conozco.

Solamente le contestó un humilde quejido de Belisario, en el que, por fortuna, nadie paró mientes.

Maclovia le había atrapado el brazo con sus dedos largos y huesudos como un cascanueces.

—¡Bandido, trompeta, libertino!

—¡Qué querés, Maclovia, ha sido una confusión! Yo mismo no me sé explicar. Debe ser que estoy débil de la cabeza. ¡Perdoname!

Un rato después, don Triboniano, radiante, dando un brazo a su mujer y otro a su hija, y escoltado por sus amigos, abandonó la estación.

Belisario pareció dispuesto a aceptar un asiento en el automóvil, en su calidad de novio de Maclovia; pero ésta previendo que en el largo trayecto se establecería algún contacto entre los

apretados viajeros, le quitó las ganas con una mirada furibunda, y le explicó al oído:

—En castigo de lo que has hecho, te prohibo que me sigas.

Misia Felisa subió en el automóvil, y sólo quedaron a pie Eleázar y Belisario.

Cuando el coche partió, el ruso dijo:

—¡Qué miradas más expresivas le dirigía esa muchacha al senador Balmaceda! Se conoce que no quiere dejarlo escapar, y tiene razón. El senador es un gran partido.

El pobre corazón de Belisario se achicó infinitamente. Luego, Eleázar, mirándole con picardía agregó:

—Me estoy convenciendo que este año te van a mandar a sembrar papas, cuando te presentés en romano, si antes de los exámenes no te casás con Maclovia. O te casás con ella o te cazás el cero mayor del curso.

Belisario pareció despertar de un sueño. Pensó en las cartas de su tío, dió una patada en el suelo con heroica resolución y anunció al ruso:

—¡Este año me pondrán diez en romano, aunque tenga que suicidarme al día siguiente!

VIII

¡Maclovia o la Revolución!

Natividad cenaba solo, servido por ña Robustiana, una mujerona bastante más vieja que él, y que le atendía con mimo, porque no perdía las esperanzas de vencer el horror al matrimonio que había demostrado toda su vida el portero de la Universidad.

Terminada la comida, la Rebustiana, como él le decía, arreaba las sobras, quitaba el cubierto y la servilleta que hacía de mantel y empujaba la mesa a un rincón. Con lo cual la sala quedaba lista para las lecciones de baile que comenzaban a eso de las nueve, cuando las campanas de las iglesias próximas daban el toque de ánimas.

Pero, entretanto, Nativo cogía una cartilla y a la luz de una lámpara de querosén, clavado de codos sobre la mesa y una oreja en cada mano, empezaba a deletrear.

Desde que se le ocurrió que una revolución estudiantil en la Universidad podría darle ocasión de pescarse "una cátedra por plebiscito", como él llamaba a las que repartirían los muchachos por mayoría de votos, comprendió la necesidad de instruirse y se decidió a aprender a leer.

Fué eso más o menos en el tiempo en que a Eleázar, a quien le interesaba saber de todo, le dió por recibir lecciones de tango.

—Bueno; canjiemos los poderes, — le dijo Nativo, que era lleno de términos. — Usté me enseña a leer y yo le enseño a meniar las tabas.

Noche a noche iba Eleázar, después de la cena, y comenzaba la lección de lectura.

Hacía ya de ello como tres meses, y Nativo deletreaba a medias, pero el ruso no andaba ni para atrás ni para adelante.

Aquella noche llegó Eleázar con un rollo bajo el brazo y lo desplegó sobre la mesa.

Era un retrato de Lenín que le habían mandado de su tierra, y el primer número de un periódico estudiantil-bolsheviqui que iba a apare-

cer sin que nadie supiera quién lo redactaba, ni siquiera dónde se imprimía.

"Universidad Libre", se llamaba el papel.

—Venga el retrato — dijo Nativo, — lo pegaremos con pan mascado en aquella paré, al lado del presidente de la República y de Juan Facundo Quiroga.

Para Nativo, el presidente de la Nación, cualquiera que fuese, y el famoso caudillo riojano, eran las dos glorias argentinas por excelencia. Ahora consentía en agregar al sobrio decorado de su salón el retrato de Lenín, porque eso le daba carácter entre los estudiantes de ideas "avanzadas" que lo frecuentaban.

El ruso le señaló el título del periódico.

—Dejá la cartilla, Nativo; es tiempo de que empecés a leer los diarios.

Nativo se puso a reír en cuanto vió la primera palabra, porque la conocía de tanto verla en los papeles de la casa.

—¡Vaya con la dificultá! Ahí dice Universidá.

—Deletreá ahora la otra palabra.

—L, i, li; b, r, e, bre...

—Muy bien, juntá las letras ahora.

—¡Liebre! ¡Universidad liebre!

—¡Bárbaro! ¡Libre, libre! Deletreá de nuevo.

De nuevo deletreó Nativo, y volvió a saltar la liebre. Maestro y discípulo forcejearon un rato. Gotas de sudor chispeaban en la frente morena y carnuda del portero, que a duras penas acabó por sacar en limpio el título del periódico. El ruso le dijo magistralmente:

—Para mañana teném preparado el artículo de fondo.

—¿Qué es eso del artículo de fondo?

—Es el artículo más largo que hay en todo periódico. Mirá, es éste...

—¡Santa Rita bendita, abogada de imposibles! ¡Dos cuartas y media! Nunca acabaré de deletriarlo .

—Hacé la prueba, mañana veremos. Ahora no más caen los músicos. Vamos a mi lección antes de que lleguen. No me gusta bailar delante de testigos.

—Hace bien, — dijo con ironía Nativo, mirando al ruso que sin quitarse el sobretodo se colocaba en mitad del salón. — ¡Comience! Esta

noche yo no bailo, estoy medio rengo. Pero desde aquí le voy a chiflar "Mi noche triste", que es el tango de moda.

—¿Pero voy a bailar solo?

—¿Quiere que la llame a la Rebus? Es viejona, pero livianita.

Llegó ña Rebus con mucha sandunga y mover de caderas y una boca de oreja a oreja, en la que no se advertían más que dos colmillos como puntales. Abrazóla el ruso, y en comenzando a silbar Nativo, empezaron ellos a bailar.

Batiendo un triángulo de hierro, marcaba el maestro los tiempos y lugares en que el mozo debía aflojar la pierna y hacer una "quebrada compadrona".

Pero aquellos aires había que haberlos bebido con la leche materna. Por mucho que ña Robustiana ayudara al del sobretodo, y aunque éste se deslomaba agachándose para los rumbos que el maestro le indicaba, más que bailando tangos, parecía que andaba apagando velas.

Nativo aprovechó un calderón de la música para soltar un carape.

Eleázar se paró en seco.

—¿Cómo vamos, compañero? ¿Voy sacando o no el paso del tango?

—¡Qué ha de sacar, si parece que tiene las choquizuelas con reumatismo! Cada cual en su ramo, y con perdón, y sin ofenderlo, usté bailando es mucho más bruto que yo leyendo.

—¿Entonces, te parece que nunca voy a aprender?

A Nativo no le convenía perder aquel discípulo que podía servir a sus desaladas ambiciones, y por no desanimarlo contestó:

—Yo creo que si en estas vacaciones se le afirma unas tres horitas diarias al baile, para fines de abril ya habrá sacado bien el paso.

—¡Por la burra de Balaam! — exclamó espantado el ruso. — Sacar el paso del tango había sido mucho más difícil que sacar la carta de ciudadanía...

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! — hizo Nativo. — ¿Y para qué sirve la carta de ciudadanía? ¿Para que el comisario nos lleve a votar a la juerza? Compare la utilidad del tango. Hasta el senador Balmaceda lo está aprendiendo...

—¿Y qué tal? ¿Va mejor que yo?

—Por ahí no más andas los dos. Sólo que él tiene más apuro que usted, porque dice que va a casarse. Y como no le va a tocar bailar con la más fea...

—¡No, no es de mal gusto! — murmuró con envidia Eleázar. — Hoy conocí a la novia en la estación. Pero no te vas a creer, Nativo, que Inesita, la madre, pierde mucho comparada con la hija. A diez pasos nadie hubiera dicho cuál era Beatriz y cual era Inés. Yo conozco alguien que haría la revolución bolsheviqui solamente por expropiarlas...

—¿Qué es eso?

—Hombre, declararlas de utilidad pública.

—Tampoco entiendo. Andate, Rebus, a la cocina.

Salió pesarosa la mujer y Nativo pidió al ruso mayores datos.

—Explíqueme, qué es eso de utilidad pública.

Eleázar, con actitud doctoral, dijo:

—Cosas de utilidad pública son las que pertenecen a la colectividad, la cual las administra por intermedio de sus representantes.

—¡Jem! — tosió Nativo. — Ahora entiendo un poco. ¿Y usté sería de los representantes?

—Naturalmente. Y vos también serías, si entraras en la revolución.

—¡Ahora entiendo del todo! — exclamó Nativo. — El que me parece que no entendería tan pronto sería don Triboniano. Yo me conformo con una cátedra. Para las otras cosas de utilidad pública, usté se las arregla con él.

De esta manera, el portero iba afirmando su candidatura. Se hiciera la revolución en la Universidad o fuera de ella, se hiciera por los rusos, se hiciera por los criollos, él se pescaba siempre su cátedra.

No tardaron en llegar los músicos — un acordeón y una guitarra — que hasta pasada media noche desgranarían los tangos y los shimmies de moda ayudados por el triángulo del maestro.

Y poco después se llenó la sala con la concurrencia de todos los días, aumentada por grupos de estudiantes que se habían citado allí para resolver la huelga.

Eleázar, a quien ninguno de ellos previno, porque habían olfateado que a él no le interesa-

ba ese año la abolición de los exámenes, empezó a desconfiar.

—¿Sabés, Nativo, que hoy tenés más gente que otras noches?

Nativo se hizo el zonzo y acudió a atender a Alcira que en ese instante llegaba, buscando a Belisario.

La telefonista estaba inquieta, acosada por obscuros presentimientos. No tenía noticias del noviazgo de Belisario, pero sospechaba que algo ocurría por la casa de don Triboniano. Había pescado algunas conversaciones misteriosas en el teléfono del profesor de la Universidad, y le había parecido reconocer la voz de su novio. La persona que hablaba con él era una mujer; pero, ¿quién era esa mujer? A causa del servicio y de los inspectores que la vigilaban, nunca pudo enterarse bien.

Pero la frialdad de Belisario en los últimos tiempos la tenía exasperada y celosa.

Se negó a bailar con otros y se quedó en un rincón, esperándolo. A medida que pasaba el tiempo, crecía su inquietud, y a cada estudiante

conocido suyo que llegaba, lo asaltaba con la misma pregunta:

—¿No me lo ha visto a Belisario?

Todos sonreían con igual malicia y le daban la misma respuesta:

—Debe estar estudiando derecho romano.

Por eso, cuando él llegó y cruzó de punta a punta el salón, con aspecto de sonámbulo, ella estalló como un cohete.

—A ninguno de tus compañeros le pone triste el derecho romano... Vas a explicarme por qué a vos te ocurre eso, alma sensible.

Estaba tan linda en su furor y sus lágrimas, que Belisario sintió una terrible tentación de mandar al diantre a Maclovia y dejarse reventar por don Triboniano.

Pero el fru-fru de la carta de su tío el cura, que llevaba en el bolsillo para librarse de tentaciones, lo trajo a más cuerdos pensamientos, y cuando hubo apaciguado la cólera de Alcira, se dispuso heroicamente a darle la noticia de que ésa sería la última vez que se verían, porque iba a volverse a su tierra.

—¿Vas a volverte? ¿Tanto miedo te dan los exámenes? ¡Parece mentira!

—Sí; prefiero ver el diablo, a ver a un examinador, sobre todo a ese maldito...

—Derecho romano — concluyó Alcira — Pero, ¿me vas a llevar a tu tierra?

—¡Ah, si pudiera! Pero mi tío el cura me ha dicho que si no soy doctor, tengo que ser seminarista...

—¡Fatalidad! — exclamó Alcira con aire sombrío, como una heroína de Pérez Escrich. — ¿Querés que muramos juntos? ¿Tenés cincuenta centavos?

Belisario se tanteó los bolsillos.

—Tengo cuarenta.

—Es bastante; con cuarenta centavos de veneno para las ratas, hay de sobra para nosotros dos. Ya que no puedo acompañarte en la vida, te acompañaré en la muerte, Belisario mío. Andá a la botica de la esquina y comprá cuarenta centavos de veneno para los dos...

—No, gracias. Prefiero ser seminarista...

—¡Ingrato! ¡Pérfido! Es que no me querés...

Iba a recomenzar la crisis de ira y llanto,

y Belisario no sabía dónde meterse, porque no era aficionado a esos espectáculos, cuando se oyó la repentina música de una banda callejera que enchufó los últimos compases de la Marsellesa con los primeros de la Internacional.

Se alborotó la concurrencia, se agolparon todos a las puertas, pero una oleada de estudiantes invadió el salón arrollándolos, vivando a la huelga y agitando unos estandartes de papel con sendos letreros: "¡Abajo los exámenes!" "¡Viva la libertad de no estudiar!" "¡Queremos la supresión de los exámenes!" "¡Queremos diplomas por el voto consciente de los estudiantes y no por el criterio retrógrado de los profesores!"

Alcira y Belisario, que se precipitaron hacia la entrada, habían ido retrocediendo a medida que avanzaban los estandartes, para leerlos mejor, penetrados ambos de un mismo pensamiento, que era una sola repentina ilusión.

Belisario buscó a Eleázar, y lo vió en un rincón, pálido, enfurecido, incapaz de disimular la ira que le causaba aquella revolución incubada

por él, pero que él no dirigía, ni de la cual podría aprovecharse.

—¡Mejor! — dijo Belisario. — ¡Alcira! ¡Esa revolución nos salva! ¡Déjame hacer!

Se metió adentro de la casa, como amigo de confianza que era, y se volvió haciendo rodar una media tina, donde en los días de mucho calor solía bañarse Nativo, en pleno patio.

La colocó en el centro del salón, y arrebató un estandarte, y se trepó a ella haciéndolo flamear:

—¡Compañeros!

Se hizo callar a la murga, que seguía vomitando los ardientes compases de la Internacional, y Belisario echó una arenga inflamada contra la tiranía anacrónica de los exámenes, y hasta tuvo el coraje de aludir discretamente al feroz don Triboniano, que, etc. etc.

Los muchachos aullaban de gusto, Belisario besó el estandarte y bajó de la tina, despedazando entre los dientes el nombre de Maclovia.

"Maclovia o la revolución", había sido el terrible dilema en que el destino lo encerró. Pues

bien, la revolución acababa de librarlo de Maclovia.

En el bochinche nadie observó que Eleázar había salido subrepticiamente y que se dirigía como una sombra a la Jefatura de Policía.

IX

Maclovia se corta melena

El salón de baile de Nativo fué, desde ese minuto, la verdadera sede de la Universidad.

Belisario empezó a dictar órdenes, y como a nadie se le había ocurrido hacer otro tanto, los estudiantes comenzaron a obedecerle, y él quedó erigido, por ese hecho solo, en jefe del movimiento.

¡Tan cierto es el principio darwiniano de que la función crea el órgano!

Inmediatamente destacó un grueso pelotón de entusiastas huelguistas, a apoderarse del vetusto edificio donde hasta entonces funcionara la Universidad.

Las mujeres y los músicos habían desaparecido. Sólo Alcira quedaba, oculta en los fondos. Belisario, sentado en la media tina, escribía febrilmente sobre las rodillas, dictando decretos y distribuyendo empleos.

Nativo había palidecido al acercarse el momento de obtener la ansiada cátedra.

—¿Cuál querés? — le preguntó bruscamente Belisario, tomando una hoja nueva de papel. — ¿De cuál te sentís más capaz?

—¿Todas tienen el mismo sueldo? — preguntó Nativo.

—Sí. ¿Querés la de derecho romano?

—Más me gustaría la de bailes criollos.

—Esa materia no existe.

—Bueno, entonces, dame la que te parezca.

No acabó de agacharse Belisario sobre la hoja de papel, cuando oyeron que se abría violentamente la puerta de la calle y los gritos de ña Robustiana.

—¿Qué se les ofrece? Aquí la policía no tiene nadita que hacer.

Belisario no perdió su presencia de ánimo. Metió a su ayudante con los papeles debajo de la tina. Tomó de la cintura a Alcira que acudió azorada, y dijo a Nativo:

—Agarrá el triángulo, sentate en la tina, y chiflame "La copa del olvido", marcando bien el compás.

El piquete de vigilantes no halló, pues, en el salón más que aquella pareja de jóvenes que bailaban un tango silbado por el portero.

Y, naturalmente, presentó sus excusas al dueño de casa y se volvió a la comisaría.

Pero el pelotón de estudiantes destacado para apoderarse de la Universidad cayó íntegro en manos de la policía, y durmió esa noche en un calabozo.

La revolución había fracasado.

Belisario dió un beso a Alcira y le dijo:

—Ya ves; el destino está contra nosotros. Adiós, amada mía, mañana me vuelvo a mi tierra. Seré seminarista, pero no te olvidaré nunca.

Al día siguiente no se fué a su tierra, sino a casa de don Triboniano a fijar fecha para el casamiento con Maclovia.

Afortunadamente, los muchachos se habían portado, como dicen los historiadores que se portaban los héroes en la antigüedad. Ni aun en los tormentos que sufrieron esa noche en aquella pocilga del calabozo, llena de chinches y de pulgas y de otras alimañas menos activas,

pero no menos feroces, se les escapó el nombre de Belisario.

La táctica napoleónica de éste les hubiera dado el triunfo, a no haber sido la delación de un traidor cuyo nombre ignoraban aún.

Toda la noche se la pasaron rascándose y haciendo planes para fundar una nueva federación de estudiantes de ideas avanzadas, bajo la presidencia de Belisario.

El cual llegó a casa de don Triboniano a la hora del té, hora apacible y poética, perfumada por unos grandes paraísos que había en el jardín a cuya sombra se tendía la mesita.

A su llamado, bien conocido en la casa, no acudió Maclovia, como solía sucederle, sino la bellísima esposa del romanista, más graciosa aún con su delantal azul de cuadritos, que la mostraba ocupada en tareas culinarias, lo cual comprobábase por una bandejita de bizcochitos calientes que traía de la cocina.

Acogió a Belisario con su luminosa sonrisa de mujer hospitalaria y de apacible corazón. Miró a todas partes y le dijo casi al oído:

—*Ella* no sale, porque quiere darle una sorpresa.

Belisario, que tenía la cabeza turbia por la mala noche, preguntó estúpidamente:

—¿Beatriz me va dar una sorpresa?

—¡No! ¡Maclovia!

—¡Ah! ¡es claro! — contestó con voz absolutamente trágica.

Don Triboniano, que andaba juntando los caracoles que perjudicaban sus rosales, había visto a su Inés correr a la puerta de calle, y la siguió cautelosamente, y aunque no oyó las palabras que ella le dijo a él, se percató de la adorable sonrisa con que lo acogió, y su corazón se llenó de encono.

Por eso, sus primeras palabras al desventurado Belisario fueron enfáticas y terminantes como una sentencia de muerte.

—Joven, es indispensable que hoy fijemos la fecha del casamiento.

—A eso vengo — respondió Belisario con la frente bañada en agónico sudor.

—Y tiene que ser antes de los exámenes.

—Naturalmente.

—Siéntese bajo el palio de ese discreto rosal, y espérela. Tú, Inés, véte a la cocina.

Sentóse Belisario en un delicioso escaño que se escondía casi enteramente bajo las ramas profusas y floridas de una mosqueta y se puso a buscar con los ojos en el suelo algún caracol para ofrecerlo al terrible dueño del jardín.

—¿Por qué está tan tristón? — le dijo dulcemente Beatriz, sentándose a su lado.

Había venido por la otra parte del jardín, sin que su padre, que seguía persiguiendo los caracoles, advirtiera su llegada.

Los ojos de Beatriz eran ciertamente una de las maravillas de este universo, que, según el sagrado libro, cantan la gloria del Creador.

¿Cómo podían existir a la vez en el espacio reducido de aquellas dos pupilas tantas grandezas juntas? Las tinieblas y la luz, la profundidad y la superficialidad, la dulzura de la coquetería y la fuerza del rayo, la inquietud y la serenidad, y hasta la pálida indiferencia en medio de relámpagos que parecían de ardiente amor.

Belisario se sintió subyugado, perdió la ca-

beza y como ella repitiera en tono confidencial su pregunta: "¿Por qué lo veo triste? ¿No es verdad que está triste?", él contestó apasionadamente:

—Sí; ¡qué quiere! Siento en los labios la quemadura del beso que le di.

—¡Bandido, trompeta, libertino! — exclamó Beatriz, amenazándolo con un pellizco e imitando la voz y los modales de Maclovia, en la estación, cuando ocurrió aquello.

—¿Usted oyó, Beatriz, lo que ella me dijo?

—Sí; y vi el tarascón que le tiró al brazo. ¿Le quedó un moretón?

—Sí, un terrible moretón. ¿Quiere verlo?

—No, gracias... Siento los pasos de ella... Si nos sorprende así, me va a pintar a mí otro moretón por el estilo.

—¿Me lo mostrará?

—Si es más abajo del codo, sí... — respondió Beatriz, que con mucha habilidad saltó del banco, contorneó el rosal y apareció, por la otra parte, dando el brazo a Maclovia, que se había acortado un jeme la pollera y marchaba con graciosísimos brinquitos.

Belisario estiró el pescuezo para ver cuál era la sorpresa que le preparaba, y lo recogió como una tortuga a la cual le asestan un cañazo.

—¡Maldición! ¡Se ha cortado la melena! — rugió adentro de su alma, mientras sus labios hipócritas esbozaban una amorosa sonrisa.

En aquel tiempo, las muchachitas coquetas habían adoptado la moda introducida en el mundo por las artistas cinematográficas, y fué Beatriz la primera que la llevó a su pueblo desde la gran capital.

Tenía Beatriz un cabello negrísimo y rebelde que formaba alrededor de su gentil cabeza algo como un resplandor obscuro.

Desde el primer instante aquella melena causó impresión, y Maclovia se resolvió a imitarla. Su pelo era rubio, pero no alborotado y profuso, sino lacio, triste y escaso como el follaje de un sauce llorón al entrar el invierno.

De ese modo su melena parecía los chorros que le caen al nene en la cara cuando al bañarlo le escurren la esponja sobre la cabecita.

Pero ella se encontró muy bien, y el infame Belisario le dió la razón.

No bien se reunieron todos a comer las masitas de Inés, bajo los frescos paraísos, don Triboniano hizo con los ojos una seña a Belisario, que era una invitación a fijar el anhelado día del matrimonio.

Nunca había estado el maestro más solemne. Su frente nobilísima, llena de arrugas y con dos o tres lobanillos, tenía celajes tenebrosos como un horizonte en que se prepara la tormenta; sus ojos desteñidos arrojaban furtivas y amenazadoras miradas sobre su mujer, que, ajena a lo que pasaba en aquel corazón celoso, estaba preparándole a Belisario unas tostadas con manteca.

Cuando ella estiró el brazo por encima de las tazas y le alcanzó el platillo con la golosina, los labios del romanista se plegaron en una sonrisa feroz y asomaron las palas gastadas de sus dientes amarillos y solitarios.

Y como Belisario, atragantado por aquellas miserables tostadas, no dijera un verbo, él soltó por su cuenta la noticia.

—Alégrate, Maclovia; regocíjate, Inés; y tú,

Beatriz prepara los azahares para la corona nupcial de ella.

—¿Qué ocurre, papá? — preguntó Beatriz.

—Que el joven Carrillo me acaba de decir que viene a fijar la fecha del casamiento. ¿No es así, joven?

Belisario con la boca llena no pudo responder, pero inclinó la cabeza, y Maclovia dió un amoroso chillidito y se levantó para ir a pellizcarse las mejillas detrás del rosal, a fin de aparecer con el rubor que exigían las circunstancias.

—Cuando acabe de deglutir esa tostada, joven, — dijo severamente don Triboniano, — nos dirá cuál es la fecha que a usted le acomoda.

Belisario habría deseado ir tragando no una tostada, sino una longaniza, para hacerla durar más, porque no bien quedara expedita su lengua, tendría que pronunciar la fecha fatal. Estaba como un suicida con el dedo en el disparador de su pistola.

Beatriz había palidecido, pero se dispuso a

salvarlo. Se aproximó mimosamente al despiadado romanista, y le susurró algo al oído, y como él asintiera con un gesto tierno y solemne a la vez, ella dijo, mirando al suelo:

—Yo quisiera, papá y mamá, que no fuese Belisario el que fijara la fecha...

—¿Quién, entonces?—preguntó inquieta Maclovia que surgió de atrás del rosal, ruborizada como una poma.

—Yo...

—¿Tú?

—Sí, yo, tía Maclovia.

—Ya te he dicho que no me llames tía...

—Bueno, tía, no la llamaré más. Yo quisiera... ¡Pero si no me atrevo a decirlo!

—Dilo, hija mía; tus deseos son ley para tu padre: ¿qué quisieras?

—Que el casamiento de Belisario se celebrase junto con el mío.

La inquietud de Maclovia subió de pronto; pero Beatriz la tranquilizó con una sonrisa muy intencionada.

—Yo no me animo a casarme sola, ¿no po-

dríamos hacer los dos casamientos el mismo día?

—¡Pobrecita! — exclamó don Triboniano, hallando muy razonable la petición.

Se aproximó a Inés y le dijo:

—Esta será una manera de apresurar la realización de nuestro ideal, casar pronto a Beatriz con el eminente senador de la Nación.

—Así es — respondió maquinalmente Inés, mientras Maclovia formulaba a Belisario una impetuosa súplica.

—¡No aceptes, gallito mío! Va a retardar nuestra dicha; yo la conozco bien; es muy indecisa. ¡No aceptes, se va a burlar de nosotros, gusanito de seda!

Desgraciadamente, Belisario había mordido una segunda tostada y no podía exhalar una sílaba.

—Bien, hija mía — dijo don Triboniano. — Elige tú la fecha. ¿Cuándo quieres que celebremos esta doble boda?

—Yo les voy a decir, pero tengo que hablar antes con el senador Balmaceda.

—Es muy justo.

—¡Pero el senador no está aquí! — exclamó desesperada Maclovia.

—¿Acaso no puede papá telegrafiarle que venga pronto?

Don Triboniano amonestó a Maclovia en voz baja:

—No te sienta bien mostrarte muy apresurada en este negocio.

Maclovia se resignó, sorbiéndose las lágrimas, y Belisario respiró a sus anchas como si le hubiesen quitado el Aconcagua de encima del corazón.

Y para consolar a Maclovia, le ofreció a escondidas la mitad de la tercera tostada de Inés, engulléndose el resto.

Al despedirse, cuando la tarde moría, la chillona y alegre Beatriz le anunció, desde la galería, sin aproximarse, como si no le interesara mayormente el asunto:

—Todas las noches jugamos a la lotería. Dígale a tía Felisa que venga.

X

Palabras escritas con un alfiler

Beatriz había hecho una jugada peligrosa. Hasta ese día el senador Balmaceda no se había animado a declarársele, porque la muchacha no le brindaba la menor oportunidad. Por el contrario, parecía complacerse en mantenerlo a raya; en cuanto arriesgaba una palabra de amor, ella se ponía a reir como loca, dejándolo turulato.

Sólo un ímpetu de generosidad por alargarle la vida a Belisario, cuya tragedia interior adivinaba, la indujo a tratar su propio casamiento.

—¡Mamá! — dijo esa noche a su madre, refugiándose en su regazo para contarle su pena. — Hoy he hecho una barbaridad.

—¿Una sola, hijita querida? Entonces debes estar contenta. Hoy te has portado bien.

—Sí, pero la barbaridad que hoy he hecho no tiene compostura...

—¿Qué has hecho Beatriz? — preguntó la madre, inquieta ya.

Pero un impulso repentino hizo desistir a la muchacha de aquella confidencia, y soltó el trapo a la risa.

—No, mamá. Hoy he hecho cuatro millones de barbaridades: le he aplazado el casamiento a Maclovia...

—¡Una!

—Le he prometido a Belisario mostrarle el moretón de los pellizcones que me va a dar ella por ese motivo...

—¡Dos! ¡Y ésta es gorda!

—Le he mostrado ya uno de los moretones...

—¿Cuándo se lo has mostrado?

—Esta noche, cuando jugábamos a la lotería. Yo estaba entre tía Felisa y él. Yo tenía los brazos sobre la mesa, y como ahora se usan las mangas cortas, él me preguntó si Maclovia me había pellizcado, yo le dije que sí y lo dejé que me mirase los brazos para descubrir la señal...

—Realmente, hija, ha sido una barbaridad. ¿Qué pensará de ti ese mozo?

—Quedó encantado, mamá.

—¡Hum! Pero Maclovia, si te ha visto...

—No, Maclovia no me ha visto. En ese momento no estaba.

—Pero el senador, si hubiera estado...

—¡No hablemos del senador, mamá! —dijo. Beatriz sacudiendo la cabeza y bostezando.

Y se fué a dormir sin referir a su mamá la cuarta barbaridad que había perpetrado, la cual fué escribir en uno de los cartones de la lotería, para que Belisario leyese, estas palabras: "Estoy en un gran apuro; háble me mañana a las nueve por teléfono".

Cuando él las hubo leído, ella recogió a hurtadillas el cartón, y con la punta del dedo humedecido en la boca, restregó hasta borrar aquellos comprometedores garabatos.

Ocultó también la quinta barbaridad, que fué exacerbar los celos de su padre. Belisario le había dicho, en voz baja, algunas palabras al despedirse, y el romanista, que empezaba a desconfiar del estudiante, le preguntó mostrando los dientes: "¿Qué te ha dicho?", y ella, por aplacar sus temores, respondió así: "Que mamá está muy linda esta noche". La cara de su pa-

dre la impresionó tanto que no se animó a hablarle de ello a su madre.

Al día siguiente, a las nueve, mientras don Triboniano comentaba ante sus alumnos la definición de la tutela, por Servius: *Vis ac potestas in capite libero...*, y su mujer y Maclovia iniciaban las recorridas por las tiendas de la ciudad, preparando el ajuar, sonó el teléfono de la casa del maestro, y Beatriz corrió a contarle a Belisario sus apuros.

—Tengo que pedirle perdón, Belisario, porque sin pensar voy a retardar su dicha.

—¿Cómo dice?

—Que mi pretensión de casarme el mismo día que usted, va a hacer demorar su casamiento. He recibido un telegrama del senador que me anuncia haberse embarcado para Río de Janeiro en misión oficial, y que tardará tres semanas en volver.

Beatriz alcanzó a percibir en el otro extremo del alambre un ahogado suspiro y una exclamación que se parecía bastante a una acción de gracias a la divina providencia.

—¿Qué ha dicho, Belisario?

—¿Qué me ha oído decir Beatriz?

—He oído un "loado sea Dios" o algo semejante.

—Sí, he dicho, "bendito sea Dios".

—¿Y por qué ha dicho eso?

—Porque mi tío el cura me ha enseñado a alabar el santo nombre de Dios hasta cuando nos dan una mala noticia.

—¿Y la noticia que yo le he dado es mala?

Belisario percibió claramente un temblor en la voz de Beatriz, y como nunca tenía la cabeza muy fuerte cuando hablaba con ella, volvió a perderla y respondió con una terrible emoción:

—¿Qué quiere que le diga, vida mía? La verdad es que yo desearía que el barco en que viaja esa comisión del senado se fuera a pique...

—¿Y qué conseguiría con eso?

—Supongo que Balmaceda no sabe nadar.

—¿Le agradaría que él se ahogara?

—Perdóneme, Beatriz, amor mío...

—¿Cómo dice? ¡No he oído bien!

—Sí, me ha oído bien... Si no se lo dijera

por teléfono, jamás se lo diría de otro modo. Y no sólo quisiera que él se ahogara, sino también que *ella se* . .

Cuando Belisario iba a nombrarla, oyóse una colérica advertencia de la telefonista: "¡Abrevien!" y les cortó allí mismo la comunicación.

Un sudor de muerte discurrió por el espinazo de Belisario al reconocer la acidulada vocecita de Alcira.

¿Habría reconocido ella también la suya? ¿Habría oído su conversación?

Ese día Belisario recibió una carta de su tío en que lo felicitaba por el diez que se iba a sacar en derecho romano, del que también le informaba Natividad, y le giraba la otra mitad de la mesada, y le impartía su bendición.

Venía una posdata que era una espada de Damocles: "Ya sabes que esta vez no me dejo engañar. Si te reprueban en derecho romano, hago donación de mis bienes al asilo de huérfanos de Chumbicha".

Belisario leyó la carta de su tío como un borracho puede leer el más tremendo edicto poli-

cial contra el abuso de la bebida. El estaba embriagado por el temblor de la voz de Beatriz que revelaba una invencible ansiedad amorosa.

Esa noche hacía calor e invitó a misia Felisa a dar una vuelta en el tranvía con descanso de una hora en casa de don Triboniano, donde tomarían té y jugarían a la lotería.

Fuera distracción, fuera cortesía con el dueño de casa, fuera inexperiencia en el juego, Belisario perdía siempre en la misma proporción en que ganaba don Triboniano.

Sentábanse todos alrededor de una mesa larga, cubierta con un tapiz floreado, y como las mujeres de casa tenían cada cual su quehacer, misia Felisa encargábase de la bolsa y de ir cantando los números que de ella extraía.

Los jugadores miraban sus cartones y ejecutaban la jugada correspondiente.

Don Triboniano gozaba de una suerte loca que lo enfurecía.

A cada número cantado por su prima, él tenía siempre algo que anotar.

—¡Ambo! ¡Terno! ¡Cuaterno! ¡Lotería!

Su voz resonaba lúgubremente y misia Fe-

lisa le guiñaba el ojo, indicándole a Belisario, el cual nunca respondía nada.

—¡El que anda bien en amores, no puede ganar en el juego!

El romanista bufaba, tosía, estornudaba, roíase las uñas queriendo disimular sus celos, para espiar mejor el desenvolvimiento de su drama; pero no lograba apagar algunas furibundas miradas con que abrasaba a Inés cada vez que ella se agachaba sobre el cartón del joven y le apuntaba una distracción.

—¡No se descuide, Belisario! Usted tiene el 17, tápelo.

Fuerzas contrarias combatían en el corazón del maestro.

Belisario había sido electo presidente de la Federación Estudiantil Avanzada, y había llegado a oídos de don Triboniano que se estaba fraguando una nueva revolución; si triunfaba la cual, le elegirían Rector, por influencia del mismo Belisario.

Su justa ambición de ser Rector, y su deseo de casar a Maclovia, contenían las explosiones de sus celos, que más de una vez le habían teni-

do a punto de cerrar en las narices de Belisario la verja de su casa.

Lo único que estaba en su mano hacer era apresurar el casamiento, a fin de que Maclovia misma pusiera a raya las galanterías del joven.

Ella nada veía, distraída por las preocupaciones del ajuar. Cada mañana, cuando Inés y ella salían, invitaban a Beatriz a acompañarlas, pero ésta se encogía de hombros con aire de aburrimiento y se quedaba en casa.

Un día Maclovia llamó a capítulo al preocupadísimo romanista, y le dijo:

—Hermano mío, es necesario que telegrafíes al senador Balmaceda para que dé por terminada su misión oficial y se venga sin perder minuto. Es urgente que él se encargue del ajuar, porque Beatriz no piensa en nada.

—Tienes razón, hermana Maclovia, — dijo don Triboniano, mandando atar el sulky para ir a dar su clase, y hacer de paso el telegrama.

Esta noche, en el cartón de Belisario, Beatriz escribió con la punta de un alfiler: "Mañana voy a contarle algo triste".

Y fué tal la emoción de Belisario al leer ese

anuncio, que no logró impedir que Maclovia pispase algunas miradas ansiosas destinadas a Beatriz.

Y mientras don Triboniano recelaba de las intenciones de Belisario para con su mujer, Maclovia comenzó a recelar de las intenciones del mismo para con su traviesa y adorable sobrina.

Cada cual guardó su secreto; pero fueron, sin comunicárselo, dos aliados que por turno iban a vigilar al desventurado joven, enamorado ya hasta el piritoneo.

XI

¡Estás loca!

Belisario faltó a clase para hablar con Beatriz por teléfono, y habría faltado a cosa de mayor gusto, al mismo cielo, por ejemplo, pues lo tenía desvelado desde el alba el recuerdo de las palabras graves con que ella le anunció una noticia.

—Lo que ocurre—dijo ella por el alambre—es que hemos recibido un telegrama del senador. El sábado estará aquí.

La voz, levemente chillona, como una rica fruta ácida, apagóse un instante, y Belisario fué incapaz de proferir una palabra. La agridulce vocecita, agregó con solemnidad y tristeza:

—Va a ser necesario hablar del casamiento... fijar la fecha... Belisario, ¿qué hacemos?

Aquel delicioso plural infundió un ritmo he-

roico en el corazón de Belisario que respondió románticamente:

—¿Quieres que huyamos los dos?

—¡Qué estupidez! — fué la respuesta, y él se mordió los labios de impaciencia, y por no perder terreno en el corazón de la chica, a la cual se imaginaba pálida de emoción, le preguntó con amor y humildad:

—¿Quiere que hoy mismo vaya a su casa a pedir su mano, Beatriz?

Una estrepitosa carcajada fué la respuesta.

—Pero, ¡qué idiota se ha vuelto en una noche, Belisario! ¿Estudió hasta muy tarde anoche? Ya le mostré un cardenal que me hizo Maclovia. Habrá visto que con esos dedos flacos no se juega. Además, papá tiene la noble ambición de casar a su hija con un hombre rico e influyente, un senador nacional, por ejemplo.

De un resuello soltó estas cosas, y Belisario tuvo tiempo de profundizar la absoluta imposibilidad en que estaba de cambiar el destino de la interesante criatura y su propio destino.

Ante esta consideración pensó en la muerte, porque sentíase incapaz de vivir sin ella. Se

acordó de la invitación de Alcira, y susurró con trágico acento.

—Entonces no me queda, no *nos* queda, amor mío, más recurso que morir... ¿quiere que muramos? Con cuarenta centavos de veneno para las ratas...

Una voz furibunda interrumpió:

—¡Abrevien!

Y la telefonista les cortó brutalmente la conversación. Belisario comprendió que Alcira estaba en sus secretos y se quedó aniquilado, sabiendo de qué hazañas era capaz su antigua compañera de tangos para vengar la traición.

Pasaron tres o cuatro días de zozobra. Cada noche, a eso de las nueve, cuando en la torre de los jesuítas sonaba el armonioso y tétrico toque de ánimas que hacía vibrar las copas en la mesa, misia Felisa acababa de tomar sus humeantes pelones cocidos, postre invariable de sus pensionistas, se cubría apresuradamente la cabeza con la toca de gasa y decía a Belisario:

—¿Vamos a jugar un ratito a la lotería en casa de Triboniano?

Eleázar se levantaba también y se iba a estudiar bailes criollos.

El tranvía eléctrico conducía en media hora los visitantes del maestro hasta un sitio en donde los aguardaba el sulky. El caballejo relinchaba sintiendo crujir la arena. Belisario manejaba, llevando a su lado, codo con codo, a la vieja dama, y oyendo atrás el galope del muchacho que los seguía. Hundíase en una fresquísima y umbría avenida de carolinos, arriba de los cuales centelleaba el polvo plateado de las estrellas.

Beatriz había introducido, pues, en la vida metódica de misia Felisa el vicio del juego, un verdadero vicio, que durante el día la calcinaba de impaciencia, y no era en suma otra cosa que el deseo de verla, delante de la mesa de tapiz floreado, bajo la luz del quinqué, apuntando con su dedo caprichoso en los cartones de todos los jugadores, los números que se cantaban.

Maclovia se situaba ahora entre Beatriz y Belisario, y don Triboniano entre Belisario e Inés, de modo que aquella hora no tenía ya para ninguno de los dos jóvenes el sabor de otras

horas, en que la muchacha, por estar al lado del estudiante, podía cambiarle los cartones, pasándole uno en que había rasguñado con la punta del prendedor alguna frase expresiva.

Belisario estaba muy lejos de ser tímido, pero en presencia de Beatriz perdía todo aplomo y sus palabras eran incoherentes como las de un hombre que delira.

¡Cuánto, cuánto, cuánto la amaba! Bendito derecho romano, bendita Maclovia, que lo habían puesto en camino de conocerla y tratarla. Pero, por Dios, que no se pusieran ahora entre él y ella, porque se sentía capaz de todo...

¡Ah!, cada vez que se atrevía a confiar a la muchacha algún pensamiento romancesco y heroico, enhebrado en sus insomnios amorosos, ella se le reía en las narices.

—¡Pero, por amor de Dios, Belisario! Desde hace quince días, usted no piensa más que en pavadas, raptos, asesinatos, suicidios... Voy a tener que ocuparme yo del asunto.

—¿De qué asunto Beatriz?

—Déjeme, yo también tengo mi idea.

Y siempre, siempre, en el punto culminante

de la conversación, aquella advertencia iracunda:

—¡Abrevien!

Belisario estaba seguro, segurísimo ya de que Alcira andaría madurando algún plan siniestro.

Adonde quiera que el desventurado volvía los ojos, sólo veía visiones de espanto: su tío, los exámenes, Maclovia, Balmaceda, Alcira...

El sábado, antes del almuerzo, llegó Balmaceda a la florida casita de don Triboniano.

Había tenido la precaución de pasar por la Universidad, para recoger al maestro, que, terminada su clase, iba en busca del birlocho, y llegaron los dos, con el rostro animado por la alegría.

Balmaceda traía de Buenos Aires la alegre noticia de que se iba a dictar un decreto reformando los estatutos de la Universidad, para ponerla más en la cuerda de las ideas avanzadas que nutrían los estudiantes. Con eso terminarían los disturbios, y el primer Rector de la éra nueva, sería don Triboniano.

El romanista, en cambio, refirió al senador algunas cosas amables dichas por Beatriz, que

Balmaceda interpretó a su gusto y comentó para sus adentros:

—La pobrecita está enamoradísima de mí. La ausencia y mi silencio la han cautivado. Es una ventaja ser tímido para el amor.

Balmaceda vestía esa mañana un terno ceniza, tropical, que daba a su eminente barriga un adecuado color de panza de burro.

—¡Qué bien le ha sentado el viaje! — le dijo Maclovia corriendo a aliviarlo de una pila de cajas de dulce de guayaba que el gran hombre se traía.

—¡Y a usted que bien le sienta la melenita!

—¿Sí? He salido tal como estaba, con la cabeza llena de petaquitas, hecha una loca...

Cada noche Maclovia repartía la desteñida estopa de su cabellera, en multitud de cartuchitos de papel, "petaquitas" que ataba, fuertemente enroscaditos, para soltarlos al día siguiente a la hora de la visita de Belisario.

Largo rato, en la salita, sombreada por los paraísos, y adornada con visillos de cretona transparente, estuvieron en coloquios los dos,

alentando sus respectivas ilusiones y aguardando la aparición de Beatriz.

Por fin llegó Inés desolada, contando que a su hija le pasaba algo raro; que se había trepado a un ropero y no había manera de hacerla bajar. Aseguraba la pobrecita que le daba vértigo mirar al suelo. Su padre, para decidirla a descender, le había anunciado la visita del senador, y tanta alegría le produjo que se estaba riendo todavía, pero no bajaba.

—Es una crisis nerviosa, — dijo Balmaceda.

—Es el amor, — corrigió Maclovia con una púdica sonrisa, sin entreabrir los labios finos.

Arriba del ropero se quedó Beatriz todo el día; allí almorzó, allí le llevó su madre una taza de té con bizcochitos, y sólo al anochecer, de un brinco, se plantó en medio de la pieza.

—¡Gracias a Dios! — dijo Inés. — Creía que estabas loca. El senador te espera: ha vuelto a venir y se quedará a comer.

La muchacha miró de nuevo el ropero, con evidentes intenciones de treparse otra vez. Su madre la cogió de un brazo y le dijo con ternura, cerrando la puerta para que nadie oyese:

—¿No te gusta el senador?

—No, mamá.

—Pero a tu padre le gusta.

—Sí, mamá.

—¿Y te piensas casar con él?

—Sí, mamá.

—¿Sin amarlo?

—Sí, mamá.

—¿Y qué harás una vez casada, si no lo quieres, infeliz?

—Le haré hacer testamento en favor de papá, y esa noche lo degollaré, y me casaré con...

—¡Ave María purísima! ¡Estás loca!...

—No, mamá. Los locos tienen siempre alterado el pulso; tómame el pulso y verás.

La madre tomó dulcemente la muñeca de su hija, cuya arteria latía con el vigor y la regularidad de un cronómetro.

—Realmente, parece que no estás loca... — dijo Inés pensativa. — Entonces estás enamorada..

—Sí, mamá.

—¿De quién?

—¡De Belisario!

Se lo dijo cara a cara, con tanta frescura que la madre no supo si reñirla, o reirse, o entristecerse. Tras de un rato de silencio en que ambas quedaron mirándose, como Inés no observara en el rostro de Beatriz ningún signo de desesperación, ni de tragedia, se dijo para sí: "Esta muchacha sabe más que yo" y le preguntó:

—En serio... ¿qué piensas hacer?

—Haré lo que me diga *Pata de Zorra.*

—¿Quién es *Pata de Zorra?*

—Una adivina, mamá.

La madre quedó aterrada.

—A pesar del buen pulso, ¡estás loca, hija! Vamos a la mesa. Allí te espera el senador.

XII

La fecha del casamiento

A la mañana siguiente Inés habló a su hija:

—¿Qué me dijiste ayer de *Pata de Zorra?*

—¿Te has quedado preocupada, mamá?

—Sí, hijita. Eres tan irreflexiva, que pensé...

—¡Fué en broma! ¿Como crees que yo, hija de un sabio como el doctor don Triboniano Barbarrosa, voy a consultar a una adivina? Lo consultaría a él, que sin mirar las estrellas ni las líneas de la mano ha de predecir el futuro... ¡es un sabio!

—Tu padre es un verdadero sabio, hija, y se afligiría mucho si llegara a sospechar que su amada Beatriz cree en las adivinas. ¿Y qué dijiste del senador Balmaceda?

—¡Ese sí que cree en las adivinas! Es supersticioso y espiritista. Tiene miedo a la muerte y compra buenos pronósticos de todas las adivinas de Buenos Aires.

—¿Quién te lo ha dicho?

—El mismo, no habla de otra cosa.

—¿Y qué me dijiste de él?

—¡Otra broma!

—Y de Belisario, ¿qué?

—¡Por amor de Dios, mamá! Yo no sé lo que te dije cuando bajé del ropero. Estaba mareada. No te acuerdes más de eso. ¿Vas a salir?

—Pues anoche, para no quedar mal con el senador, tuve que decirle que estabas con gripe. Hoy te ha mandado con el chofer, un tubito de aspirina y un frasco de agua colonia.

—¡Qué hombre generoso! ¿Cómo no lo voy a querer, mamá? ¿Y Belisario qué hizo anoche?

—Se dedicó asiduamente a Maclovia. Le hizo unos versos a su melena. Claro está que salieron un poco descabellados.

—Me alegro, — murmuró Beatriz, tragándose la rabia.

—Si hubieras estado tú, yo creo que anoche se fija la fecha del casamiento.

—¿Dices que Belisario le hizo unos versos a la melena de Maclovia?

—Sí, un soneto.

—¡Vaya un gusto de tomarle el pelo! ¡Qué estúpido es Belisario! ¿No, mamá?

—No me parece, hija. Al contrario, si él te hubiera festejado...

—Vamos, no hables zonceras, mamá. ¿Vas a salir?

—Sí, hija, con Maclovia, ahora mismo.

—Gracias a Dios — exclamó para sí la muchacha, que estaba pálida y nerviosa.

Cuando su madre salió con Maclovia a recorrer las tiendas, ella no aguardó el campanillazo habitual de Belisario, y salió a su vez.

—¡Que se aburra de llamarme! — se dijo rabiosa de celos.—¡Le voy a enseñar a hacerle versos a la melena de Maclovia!

Andando en las calles, días antes, con unas amigas, un chico que repartía anuncios recatándose de los vigilantes, les entregó una tarjetita rosada que ellas leyeron a escondidas, como cosa mala.

"*Pata de Zorra*"—decía la tarjeta—"célebre adivina paraguaya. Discípula de los indios guaraníes, conoce el porvenir, puede arreglarlo a gusto del cliente. Posee la verdadera piedra

imán, sabe hacer amar frenéticamente al ser más desgraciado por la persona más hermosa, y vuelve inofensivos a los más terribles enemigos del hogar. Consultas y pronósticos, 2 pesos. Hay pronósticos, más baratos, pero no son tan seguros".

Las muchachas leyeron aquello y se rieron bastante, pero Beatriz se guardó la tarjeta y desde ese día pensó en *Pata de Zorra*, y cuando el terrible nudo armado por su padre para casarla con el hombre influyente y rico empezó a estrecharse alrededor de su tierno cuello, se le clavó la idea de consultar a la adivina.

A nadie más consultaría, porque sabía de antemano lo que todos le contestarían, si les confiaba sus angustias.

No creía gran cosa en la adivina, pero tenía la ilusión de oír algo nuevo por boca de ella.

Tal vez, tal vez, en las líneas de la mano o en las estrellas, o en las cartas de naipe, o en la verdadera piedra imán, descubriría los ojos zorrunos de la paraguaya alguna claridad en su negro horizonte.

Cuando se quedó sola con la cocinera en la

casita luminosa, donde se estaba tejiendo su desgracia, dijo a la criada:

—Rafaela, me voy a la función de las Adoratrices.

Se vistió de prisa y salió después de extraer la tarjeta de *Pata de Zorra* escondida en el fondo de un florero sin flores.

Estaba acostumbrada a andar sola por las calles de Buenos Aires, pero allí, en su ciudad provinciana, la gente fijábase más en su grácil figura, que ese día parecía haber perdido un poco de su aplomo, con el remordimiento de la aventura.

¿Qué diría el profundo romanista si supiera que su amada hija, después de cinco años de estudios en Buenos Aires, consultaba a una adivina con la credulidad de una mucamita ignorante y enamorada? ¡Con qué desprecio la miraría su padre!

Cuando el tranvía que había recorrido las avenidas arboladas y frescas, penetró en las calles de la ciudad, calcinadas por el claro sol de noviembre, Beatriz descendió y tomó una victoria de dos caballos y la dirigió por los subur-

bios, huyendo del centro de la ciudad, donde temía encontrarse con algunos conocidos.

Molida por los saltos del coche en el rudo pavimento de cantos rodados, recuerdo de tiempos muy remotos, llegó al Mercado del Sur.

Las casas del barrio eran bajas, con patizuelos húmedos, atestados de plantas.

El aire de aquellos zaguanes obscuros y frescos, olía a jazmines. Una mujer que asaba chorizos en unas parrillas puestas sobre el braserito, a la entrada de un tenducho negro como un sótano, indicó a Beatriz la puerta de *Pata de Zorra*, no sin antes mirarla con extrañeza y curiosidad.

Cruzó la calle asoleada y entró en la casa. En un rincón del patio sombreado por una madreselva que se enroscaba en las rejas de una ventana hasta la cornisa del tejado, vió la muchacha a una mujer gorda que tomaba mates de leche y se abanicaba el rostro con una pantalla de palma.

—Pase adelante, mi niña, — le dijo al mirarla vacilante y ruborizada — ¿Me busca a mí?

—No sé, señora... Busco a misia *Pata de Zorra.*

—Yo soy, por mal nombre, como quien dice. Ya la gente no me conoce de otro modo. ¿Y en qué puedo servirla?

—Una consulta...

—¿De dos pesos? ¿Los trae mi niña?

Beatriz entregó el dinero, perdiendo la mitad de su fe en la adivina.

Pata de Zorra dejó el mate y la pantalla sobre la silla, agarró el brasero por las dos orejas y se metió con él en la habitación que la madreselva perfumada.

—Pase adelante, mi niña. Voy a tomar dos o tres matecitos más — dijo volviendo en busca de la pantalla y del mate — porque albeo mucho, y a esta hora me languidece el estómago. Mientras tanto usté me cuenta sus cuitas... ¿qué le pasa?

—¿No puede adivinar mis cuitas sin que yo se las cuente? — preguntó con audacia la muchacha, sentándose en una silla hamaca después de echar un vistazo por la pieza.

Pata de Zorra se rió socarronamente, chupó dos o tres veces la bombilla.

—Muéstreme la mano, de lejitos, no más... Ya se ve, lo que usté padece no tiene remedio en la botica... ¡je, je, je! Mi niña está enamorada, y hay quien no la quiere bien, y el que la quiere va a hacer pronto un viaje...

—¡Vamos, misia *Pata de Zorra!* Cámbieme el disco, porque ése me lo sé de memoria. Además, el que me quiere no va a hacer ningún viaje, porque ha venido recién ayer, y ojalá no hubiera venido, porque...

Pata de Zorra la dejó hablar, mirándola con los ojos entrecerrados, llenos de malicia. Comprendió en el acto cuál era el caso de Beatriz, y cuando ésta terminó, le dijo con autoridad y sin enfado:

—Uno que la quiere ha venido ayer, mi niña, pero el *otro*...

—¿Qué le sucede al otro?

—El otro es el que está por hacer el viaje.

Beatriz se acordó de que Belisario hablaba a menudo de volverse a su tierra, si le iba mal

en los exámenes y se sintió un tanto conmovida.

—Pero no tenga miedo, mi niña, porque ese viaje podría no hacerse si sale bien en cierto negocio...

—¡Los exámenes! — exclamó imprudentemente Beatriz.

Pata de Zorra se calló, entrecerró nuevamente los ojos, se acordó de la consulta de Belisario y empezó a atar cabos. Estimaba al estudiante, y la muchacha, con su atrevimiento de ir sola a desafiar sus vaticinios, le resultaba simpática. ¡Vaya! Vale la pena curiosear aquel asunto y sacar algún partido en provecho de sus clientes, y, naturalmente, en provecho propio. Para ver si había acertado en sus sospechas, dijo, después de examinar con detención la suave y rosada palma de aquella mano en que las líneas eran nítidas y puras: Los dos que la quieren se llaman con B... Beatriz se estremeció y *Pata de Zorra* comprendió que iba bien.

—Uno es viejón, pero el otro es joven... y éste la quiere más, y éste...

—¡Diga, diga!

—Caramba, aquí las líneas están un poco enredadas, mire niña, aquí. ¿No ve esta flechita que sale con fuerza, como si fuese a cruzar toda la mano, y, sin embargo, se rompe en seguida? Esa es la línea del más joven. Y quiere decir que el asunto no está muy fácil. Pero el amor lo puede todo si usté lo ayuda...

Al decir esto miró fijamente a los ojos de Beatriz, que se puso colorada.

—¡Si yo lo ayudo! ¿Cómo puedo ayudarlo yo? — preguntó con desaliento.

—Usté se auga en la sopera... A ver, ¿qué está dispuesta a hacer por él?

—¡Todo!

Desde ese momento no hubo en el corazón de Beatriz secreto alguno para *Pata de Zorra*. En parte, ella los adivinaba con su natural sagacidad y su experiencia; en parte, la muchacha se los iba entregando con el afán de obtener el apoyo de aquella mujer que leía en las líneas de la mano tan asombrosas predicciones.

Una hora más tarde terminó la consulta, porque *Pata de Zorra* declaró que por dos pesos ya

tenía bastante, y la joven no llevaba en su carterita más que lo indispensable para el tranvía.

Salió de la vieja, sombría y perfumada casa de *Pata de Zorra*, prometiéndose volver, sin imaginarse que ese mismo día su padre, el inconmensurable romanista, iba a obligarla a despedirse para siempre de toda ilusión amorosa.

No bien llegó a su casa, don Triboniano, que la había buscado ansiosamente, la llamó a su despacho, y con mimo y dulzura sin igual, la hizo sentar en el majestuoso sillón, frente al escritorio, tan eminente como una silla curul del tiempo de los cónsules romanos, pero mucho más cómodo, porque tenía el asiento forrado de vaqueta acolchada.

—Amada hija, tu padre atraviesa una de las horas decisivas de su vida, y tal vez en tu pequeña y débil mano está su destino.

—¿Qué te ocurre, papá? — preguntó ella abandonando el sillón y sentándose en las flacas y trémulas rodillas.

—¡Estoy a un jeme de ser Rector de la Universidad!

—¡Te felicito, papá!

—No tan pronto, hijita.

—¿Por qué?

—El asunto está seriamente comprometido. He llegado a saber que el senador Balmaceda tiene desde hace días una comunicación del Ministro ofreciéndole la Rectoría para la persona que él indique. ¡Y él, nada me ha dicho! Desde que tiene la comunicación es menos comunicativo. ¿Comprendes?

—No, papá, no comprendo. Yo soy un tarugo en asuntos universitarios.

Don Triboniano empujó a su hija, cuyo peso era demasiado para sus míseras rodillas, y comenzó a pasearse, las manos en la espalda.

Con un guardapolvo de seda amarilla, puesto sobre el pellejo mismo, en razón del pesado calor reinante, y con unos anchos pantalones de zefir y unas anacrónicas zapatillas de prunela, resultaba tan solemne como de levita, y sombrero de pelo.

¡Indudablemente, aquel hombre había nacido para ser Rector!

Su hija lo admiró un buen rato. Admiró la

prominente nuez de su pescuezo, que se proyectaba con toda insolencia por el escote demasiado grande del guardapolvo comprado hecho; admiró los eruditos lentes de oro que temblaban en la punta de la nariz, como en el pico de un gallo desplumado, pero invencible; admiró el cráneo, ancho y macizo, como la base del mortero de moler maíz para la mazamorra, y comprendió la gloria de ser hija de un hombre que no tenía un solo rasgo parecido a los demás hombres, y que a la legua se veía que estaba llamado a grandes destinos.

Don Triboniano seguía paseando su estampa ante la muda admiración de su hija. De pronto ésta soltó una carcajada y él se volvió escandalizado.

—¿De qué te ríes en tan graves circunstancias?

—¡Estaba pensando una locura! Si te nombrasen Rector, y un día, apurado y distraído como eres, te presentaras en la Rectoría vestido como estás ahora... ¿qué dirían los muchachos?

Don Triboniano se sentó en el sillón y suspiró.

—¡Tu padre no será nunca Rector!

—¿Por qué, papá?

—Porque Balmaceda está resentido por tu coquetería.

Beatriz abrió inmensamente los ojos.

—¿Eso quiere decir que yo tengo la culpa?

—Sí, hija.

—¿Eso quiere decir que en mi mano está el hacerte nombrar?

—Sí, hija.

—Bueno, papá ¡Mañana serás Rector!

Desde ese momento Beatriz se encerró en su cuarto.

No se trepó arriba del ropero, ni se dejó ver por nadie, ni por su madre.

Se echó vestida en la cama, creyendo que iba a llorar, pero no lloró, mordió las almohadas y ahogó en ellas su gemido.

Sólo salió una vez y fué para ir a la biblioteca de su padre a buscar un libro donde había leído historias de romanas ilustres, y se puso a leer páginas y páginas para ver cómo se com-

portaban en ocasiones semejantes las hijas de los austeros patricios. Quería imitarlas.

Cuando por el agujero de la llave su madre le anunció que había llegado Balmaceda, Beatriz contestó:

—Díganle que ya voy.

Inés estaba afligida en presencia de aquellos dos enigmas que su alma sencilla no acertaba a explicarse: su marido enconado con ella, nervioso, preocupado hasta el extremo de olvidarse de perseguir los caracoles del jardín, y su hija, extravagante como si el noviazgo la hubiese hecho perder el seso.

Volvió al comedor en donde cada cual ocupaba su asiento de costumbre alrededor de la mesa, bajo la luz familiar del quinqué, y delante de los inocentes cartones de la lotería.

—¡Dice que ya viene!

Y, en efecto, apareció Beatriz, con un largo vestido, desceñido como una toga, y la amable melena modernísima, recogida alrededor de la cabeza en un antiguo peinado romano, pálida y con los ojos fijos, casi tan muertos como los de las estatuas.

—Padres míos, — exclamó, con un gesto bebido seguramente en Plutarco; — amigos míos, y vos, elegido de mi corazón — y designó a Balmaceda, — ha llegado el augusto momento en que debemos fijar la fecha de nuestro himeneo, que ha de celebrarse el mismo día que el de mi venerable tía Maclovia.

Y, realmente, esa noche, ante la estupefacción de Belisario que en su corazón la trató de traidora, y de misia Felisa que todavía esperaba un milagro, se fijó la fecha del casamiento de las dos parejas.

—Para diez días antes de los exámenes, por lo menos, — dijo don Triboniano, temeroso de un *surmenage* en el desventurado Belisario.

—Así sea, — replicó Beatriz sin pestañar.

XIII

Los celos del Rector

Un cúmulo de graves preocupaciones acongojaban a don Triboniano.

Se levantó al alba, fatigado del insomnio. Se enfundó dentro de su guardapolvo amarillo, cogió la podadora y se fué al jardín.

Pensaba si en su egoísmo no había precipitado a su hija adorada a una determinación contraria a su corazón. Pensaba también si era suficiente motivo para aprobar en los exámenes a Belisario, el hecho de casarse con Maclovia.

La verdad era que cada día el joven mostrábase más torcido en derecho. Pero, ¿no sería también una abominable traición ponerle un cero, una vez consumado el sacrificio?

Pensaba en la Rectoría, que Balmaceda le aseguraba; y en la revolución estudiantil que

fermentaba en los claustros mismos de la Universidad. Si la revolución estallaba al fin, y a él le tomaban olor a candidato ministerial, seguramente los estudiantes lo repudiarían no apoyándolo su jefe, el ardiente Belisario.

¡El ardiente Belisario! Demasiado ardiente para visitante de su casa.

Entre todos los pensamientos que se atropellaban en su cerebro cuadrado, ninguno más negro que su negrísima preocupación acerca de su mujer.

¡Esa, ésa era la llaga enconada en su corazón! Si a lo menos hubiera tenido, no ya una certidumbre, pero sí una sospecha, fundada en un indicio cualquiera, para poder increparla y acusarla y constituirse en su airado centinela...! ¡Pero no tenía nada, nada! Desconfiaba de ella por simple raciocinio:

—¡Ella no puede amarme! Es así que la esposa que no ama a su esposo está en camino de ser infiel; luego, ella está en camino de ser infiel...

Pero sentía que mientras no tuviera más base que un silogismo para acusar a su mujer,

debía resignarse a esperar cosas más concretas. ¡Horror! ¡Horror!

Se quitó el casquete de lustrina, y se secó el sudor de la frente con el faldón del guardapolvo. Después sentóse a la sombra del famoso rosal, amado de Maclovia y de los caracoles.

Uno de éstos iba arrastrándose con su frágil casita a cuestas por el brazo del escaño donde el romanista se sentara.

Don Triboniano, empuñando la podadora, se puso a contemplar a su adversario de todos los días con indiferencia, lo cual era signo evidente de lo conturbado que estaba su corazón.

El caracol se había encogido y quedádose inerte, presintiendo el peligro; pero, al poco rato, en vista de que nada se movía a su alrededor, sacó el baboso pescuezo y, primero uno y luego otro, proyectó dos magníficos cuernos.

Don Triboniano se mordió los labios. Miró a su alrededor: absoluta soledad en el jardín, humedecido por una lluviecita matinal. Las hormigas trabajaban al pie de los árboles, una tortolita cantaba en la copa de uno de los paraísos, como en el fondo de un bosque solitario.

Don Triboniano, seguro de que nadie lo veía, se volvió al caracol, y de un rápido golpe de sus habilísimas podadoras, amputó aquel par de aspitas que lo fastidiaban.

Satisfecho de su minúscula venganza, miró al reloj y como fueran ya las siete, corrió a la cochera a hacer enganchar el sulky.

El muchacho le dió la noticia de que el caballo parecía enfermo, pues no había tocado el pasto de la pesebrera.

—El pobre comienza a envejecer, — dijo don Triboniano resignadamente. — Es hora de ir pensando en otro; hace veinte años que me sirve.

Aun cuando conocía lo injusto de su resentimiento hacia su amable e inocente esposa, condenada en virtud de un malvado silogismo, no tuvo coraje para disimular y ese día se fué a clase sin darle los buenos días. Y ella se quedó apenada, incapaz de comprender los motivos de aquel desaire. Un rato después salía también ella con Maclovia, como de costumbre.

Aquel día debía ser de los más agitados, no

sólo para don Triboniano, sino también para sus parientes y amigos.

Muy temprano, Belisario y Eleázar, que habían reanudado sus relaciones, rotas a raíz del fracaso de la primera revolución, salieron juntos, y misia Felisa comprendió que estaban próximos los acontecimientos que se susurraban.

—¡Todo sea para bien!—murmuró, sin atreverse a interrogar a sus pensionistas ni a darles un consejo.

Ese día, en efecto, estalló la revolución, que dió al traste con aquella caduca Universidad en que se presionaba el cerebro de los alumnos para obligarles a absorber conocimientos inútiles.

En el salón de bailes criollos de Nativo retumbó el grito de libertad, levantando sobre los escombros de la secular institución una Universidad moderna, sin textos y sin exámenes, y en la que todo lo hacía el voto de los interesados.

Belisario presidía la memorable asamblea con el alma triste, porque tales cosas no le importaban una zanahoria, desde que había per-

dido a Beatriz y no lograba librarse de Maclovia. Seguía la marcha de los acontecimientos empujado por sus corifeos, aunque pareciera guiarlos.

Eleázar, congraciado otra vez con sus camaradas, había logrado redactar el presupuesto y proyectado en una larga lista la distribución de cargos de cátedras. Imaginándose que con ello complacía al jefe de los estudiantes, nombraba Rector a don Triboniano.

Belisario estaba muy lejos de sentir esa mañana gran simpatía por el profesor erudito y funesto, pero no podía exteriorizar su resentimiento. Hizo de tripas corazón y miró el reloj. ¡Las nueve! La hora en que hablaba por teléfono con Beatriz.

—Ayer, — pensó Belisario, — no pude hablarla; ella había salido. ¿A dónde fué? ¡Dios lo sabe! ¡Hoy todo es inútil! Ya pertenece a otro. La fecha de su casamiento está fijada. Sin embargo, puedo darle una noticia, que le ha de agradar, la elección de su padre y despedirme de ella para siempre...

Delegó la presidencia en el vice, pretextando

no querer intervenir en el nombramiento de su futuro pariente y se marchó.

Nativo lo persiguió hasta la puerta.

—¡Mi cátedra! ¡mi cátedra! Mirá, Beli, que ya sé leer casi de corrido.

—Tu cátedra está segura. Andá, elegí la que te guste.

Salió Belisario, con rumbo al teléfono, puesto el pensamiento en la adorable visión que cada minuto se alejaba más.

Otra persona aguardaba esa hora de las nueve con gran ansiedad, porque iba a ser la hora de la venganza.

Alcira había comprendido la intriga de Belisario con la novia de Balmaceda a espaldas de su prometida Maclovia, y quería hacerle pagar tanta perfidia.

Don Triboniano daba una conferencia sobre la ley Papia Poppaea, que en el siglo de Augusto intentó acrecentar la fecundidad de la familia romana, perturbada por la disolución de costumbres. Sus propias palabras exasperaban sus celos, y su voz tenía acentos cavernosos para fulminar a las esposas infieles.

Alcira sabía dónde encontrar a esa hora a don Triboniano, y ni bien se puso interesante la conversación de Beatriz con Belisario, llamó a la secretaría de la Universidad, requiriendo la presencia del maestro.

Acosado por una jauría de presentimientos, el marido de Inés se precipitó hacia el aparato.

—¿Con quién hablo? — preguntó lleno de inquietud, cogiendo el tubo con mano peluda y trémula.

—¿Quiere saber cómo lo traicionan en su propia casa? — preguntó Alcira dulcificando la voz.

Don Triboniano dió un bote y exhaló un rugido. De una patada cerró la puerta de la secretaría para que nadie lo oyera y preguntó una sola cosa:

—¿Quién es el traidor?

No se le ocurrió preguntar quien era la traidora, porque ya se lo imaginaba.

—¡Belisario Carrillo! — contestó la telefonista. — Oiga esta conversación interesante...

Ligó las líneas, y don Triboniano oyó, bufando, las quejas ardientes de Belisario, y al-

gunas dulces palabras melancólicas como una despedida, de la pobre Beatriz, cuya voz no reconoció. Y oyó luego cómo Belisario le decía: "¿Está sola? Tengo una gran noticia que darle. Ahora mismo voy para allá".

—¡La infame! ¡Mi silogismo tenía razón! — exclamó el romanista soltando el tubo como si fuera una víbora.

Sin decirles nada a sus alumnos, sin recoger siquiera el sombrero, corrió en busca de su tílbury, para volar y sorprender la entrevista.

Un bedel solícito lo alcanzó en la cochera, y don Triboniano se encasquetó airadamente su castoreño de cow-boy.

Un rato después, en la embarrada carretera, a guascazo limpio, logró hacer soltar a su caballo un intermitente trotecito más desesperante que la inmovilidad.

XIV

Una viejecita en el camino

Una viejecita bajaba a la ciudad por el camino blanco. Iba a pie, arrebozada en un manto negro, tirando del ronzal un burro con dos árganas, repletas de fruta y cubiertas con anchas hojas de higuera.

Tenía, sin duda, en aquellas vecindades un ranchito y un huerto regado por alguna minúscula acequia desviada del río. Allí, al abrigo de las barrancas, los frutales florecían antes que en la ciudad, y así ella podía vender sus duraznos maduros al comienzo de la estación.

Todos los días, tirando del meditabundo borrico, efectuaba la misma jornada, con los ojos en el suelo, y el pensamiento no más allá de sus árganas.

No imaginaba que su burro viejo, con el lomo rojo de mataduras, pudiera servir para otra cosa que para aquel humilde negocio; y,

sin embargo, el destino deparábale un grandísimo honor.

Llegaba la viejecita a una curva, que señalaba la mitad de su jornada, cuando advirtió a lo lejos, en el camino, un señorón de levita que le tendía los brazos con desesperación.

—¡Anciana, buena anciana, acérquese pronto!

La vieja siguió arrimándose con su paso tardío y cansado, no ocurriéndosele todavía que pudiera aquel pomposo personaje dirigirse a ella.

Luego observó a un lado de la carretera un tilbury un caballo caído entre las varas, y un muchacho que pugnaba por hacerlo levantar a fuerza de latigazos.

—Yo he visto a este mismo señor en su cochecito muchas mañanas en este mismo camino, —pensó la vieja, y se aproximó con más interés, como si se tratara de un conocido.

—¡Señora! — le gritó don Triboniano frenético. — Tengo urgencia mortal de llegar a mi casa. Mi caballo no da más, se está por morir, usted lo ve... ¡Alquíleme su burro!

—¡Velay! — respondió la vieja con una risita, — yo nunca hi alquilau mi burro.

—¡Véndamelo, entonces!

—Tampoco, mi señor, nunca lo hi vendíu.

—¡Yo necesito su burro! Soy el doctor don Triboniano Barbarrosa, profesor de derecho romano en la Universidad, y futuro suegro de un senador nacional. ¡Véndame su burro!

—¡Jesús, María y José! exclamó la vieja temerosa. — Yo nunca lo hi alquilau, nunca lo hi vendíu; pero, por ser usté quien es, voy a emprestárselo, si me compra la fruta que yevo y unos quesiyos que me encargó la niña Felisa Figueroa.

—¡Es mi parienta!—exclamó don Triboniano. — ¿Cuánto valen su fruta y sus quesillos?

—¿Quién sabe, po? Habrá que contarlos. Si quere que ese mocito me ayude, podríyamos terminar más presto.

—¿Valdrá todo diez pesos?

—¡Di ande, mi señor!

—Bueno, ahí tiene doce, — dijo autoritariamente don Triboniano, sacando un bollo de billetes.

En el momento en que el eminente romanista se disponía a saltar sobre la rústica albarda del animal, libertado ya de sus árganas, se oyeron

en el camino, del lado de la ciudad, las explosiones de varios automóviles.

Don Triboniano tuvo vergüenza de ser sorprendido en aquella actitud, y se ocultó detrás del burro.

Casi rozándole pasaron tres autos, atestados de alegres muchachos.

Tal era la velocidad que llevaban, que el maestro no reconoció a sus discípulos, ni los discípulos reconocieron en el agonizante caballo de las varas, el caduco y famoso tordillo del maestro.

Cuando el camino quedó expedito, don Triboniano montó en el burro, empuñó el látigo y empezó a guasquearlo a dos lados.

Pero las patas del paciente animal parecían haber echado raíces en el suelo.

—¡Velay! — exclamó la viejecita sonriendo, mientras la cara del maestro se ponía escarlata de ira. — Se mi'hace que no va a lograr hacerlo caminar.

El muchacho del tílbury cogió un palo y empezó a descargar garrotazos en el anca del burro.

Pero fué como si le cantara coplas.

Entonces la vieja tuvo una idea genial.

—Mi burrito es chacarero, — dijo. — Siempre se mi'anda metiendo en la chacra por el menor portiyo que se haga en el cerco. Puede que ofreciéndole un choclito de éstos que yevo, quiera dar un paso, y en dando uno, es capaz de dar dos.

Hurgó en las árganas, sacó unos choclos, y los puso a cierta distancia del hocico del burro, que husmeando su comida predilecta echó a andar.

—¡Bravo! — exclamó don Triboniano, agitando sus largas zancas.

Pero, no bien el asno alcanzó el choclo, se detuvo a comerlo.

—Camine usted delante, señora, ofreciéndole otros.

Caminó la vieja como le indicaba, y tras ella marchó el burro.

Espectáculo nada heroico, pero no por eso menos digno del buril de un aguafuertista.

Don Triboniano, con toda la energía de su indignación, de sus celos, de su impaciencia, taloneaba al burro, cuya panza hacía pum, pum. El

muchacho por las ancas lo paleaba duramente. La vieja le bailaba adelante con un choclo en cada mano. Y el burro estiraba el pescuezo, y andaba, andaba, andaba lentamente, pero andaba.

Las fatigadas piernas de la vieja, no eran muy a propósito para aquellos ejercicios. Se detuvo sofocada.

—Agora se mi ocurre un güen remedio pal caso. Si ata un par de choclitos en la punta del chicote, y se los enseña por arriba del cogote cada vez que se pare, creigo que va a seguir caminando.

Detúvose la caravana, y el muchacho ató dos choclos al extremo del látigo, y don Triboniano, con muy pocas ganas de reir, pero con indudable gracia, lo empuñó como una caña de pescar, y lo agitó suavemente por entre las orejas de su animal. Alzó éste la cabeza y detrás de los choclos que se balanceaban en el aire, comenzó a trotar con inusitada gallardía.

—¡Arre Tántalo! — le dijo el maestro rememorando sus lecturas clásicas, y le arrimó dos soberbias patadas. ¡Pum! ¡Pum!

—¡Gracias a Dios! Si no está muy lejos su casa, va a llegar agorita no más — gritó la vieja guardándose la plata, como de un negocio que hasta ese momento había estado en peligro. — Y ya sabe, cuando no lo necesite más al burrito, mándemelo a la ciudad, con ese mocito, a lo de la niña Felisa Figueroa.

El insigne romanista no atendía aquello. Aturdido por la malévola voz de sus silogismos, computaba el tiempo que había transcurrido desde que lo llamaron por teléfono, y pensaba aterrado:

—¿A estas horas, qué me habrá sucedido?

Y se pasó la mano por la frente bañada en agónico sudor.

XV

Batalla de flores

—¡Viva el primer Rector de la Universidad Libre, don Triboniano Barbarrosa, profesor de derecho romano...!

—¡Vivaaa!

—¡Abajo los exámenes!

—¡Abajo!

—¡Mueran los esclavos de los prejuicios pedagógicos!

—¡Mueran!

—Pero, ¿qué diablos significa esto? — exclamó el romanista, frotándose los ojos al llegar a su casa y verse rodeado de estudiantes, que lo apeaban del burro y lo conducían en brazos al jardín, ante cuya verja halló los tres automóviles que viera pasar por la carretera.

Una vez en el jardín, uno de los muchachos se trepó a la mesita de hierro, donde la familia

tomaba el té, y comenzó una ardorosa arenga que explicaba el enigma.

¡Y aquel orador era Belisario! Don Triboniano proclamado primer Rector de la Universidad, había soñado que habló por teléfono y seguía, sin duda soñando ahora semejante triunfo. Y lo peor del espantoso raciocinio, era que no sabía decidir si prefería haber soñado cuando escuchó los requiebros de Belisario, y soñar ahora, cuando el mismo Belisario, cuya voz reconoció nítidamente, le anunciaba la estupenda y casi milagrosa realización de su más antigua idea: ¡ser Rector! ¡O bien, que todo fuera realidad!

—¡Que hable don Triboniano! ¡Que hable!

—¡Caramba, hijos míos! — exclamó don Triboniano, sin decidirse a trepar a la mesilla. Mas como en ese instante viera aparecer en la galería a su hija junto con la cocinera, asustadas y curiosas, se desprendió de los muchachos y corrió hacia ellas.

—Díganme: ¿dónde está mi mujer?

—¿Mamá? Todavía no ha vuelto de las tiendas. Anda con Maclovia.

—¡Oh, delirio, oh alegría! — exclamó el maestro. — ¡He soñado que hablaba por teléfono! ¡Pero ésto es realidad!

No se entretuvo en explicar a su hija el significado de esa explosión de regocijo; corrió a la mesita de té, se encaramó como una lagartija, se quitó el sombrero, y sin acertar con las palabras en que se desbordaba la gratitud, cortó rosas del rosal, cuyas ramas altas le arañaban el cráneo, y se puso a arrojarlas sobre sus alumnos.

—¡Gracias, hijos míos!

Ellos se miraron, sorprendidos del nuevo estilo oratorio, tan hermoso, tan florido, y a su vez empezaron a cortar rosas de las ramas bajas y apedrear con ellas al maestro.

Mientras tanto Belisario habíase ido acercando a Beatriz, que ya no le huía.

Pero las palabras que ahora podía decirle él eran bien tristes para un momento semejante, y las que ella debía contestar, habrían sido falsas o pálidas en comparación con las impetuosas declaraciones que en días mejores le hiciera.

El cogió una rosa, salvóla de la batalla y se la dió, y ella la tomó con dulzura, le mordió

el rabito con los dientes para acortárselo y se la prendió en el pecho.

Y ambos quedaron silenciosos.

XV

El Rector y la adivina

Tres días vivió don Triboniano aturdido como si paseara en vertiginosa callesita. La revolución estudiantil había trastornado hasta la gramática, y él se veía obligado a aprender muchas cosas, para mantener su prestigio ante la ardorosa falange de los avanzados, y a no olvidar ninguna para no perder los méritos adquiridos en las esferas conservadoras del gobierno.

Se pasaba el día redactando telegramas, y contestando cartas y haciendo nombramientos, y creando empleos para afianzar los frutos de la revolución, entre los cuales el más jugoso fué su Rectoría.

Como una niebla azotada por un vendaval habíanse disipado sus preocupaciones y sus celos.

Pero en la noche del tercer día tuvo un sueño.

Soñó que la conversación que oyera por teléfono, no había sido un sueño, sino una realidad.

Se despertó sudando de angustia, encendió luz y sacudió a su mujer que dormía plácidamente.

—¡Inés, Inés! Parece que duermes con el sueño tranquilo de la inocencia... pero, ¿tienes derecho a dormir así?

—No te entiendo, Triboniano.

—Mírame... ¿por qué bajas la vista?

—Porque me estás poniendo la vela en los ojos, viejo.

—¿Por qué me llamas viejo?

—¡Por cariño!

—¿Eres en verdad como las antiguas romanas?

—Yo no sé cómo eran las antiguas romanas.

—Honestas y fieles...

—Yo creo que sí... Pero, ¿por qué no dejamos este asunto para cuando amanezca? ¡Si vieras qué sueño tengo!

—¡Duérmete!

El agitado maestro se levantó al alba, y armado de sus terribles podadoras, recorrió el

jardín. ¡Guay de los caracoles que le hubieran salido al encuentro!

El día era brillante y seco y no halló ninguno.

Más temprano que de costumbre se fué a la Universidad.

Al pasar por la puerta de un aula, oyó la voz de Nativo, que había iniciado muy seriamente sus clases de bailes criollos.

—Como el presupuesto de la casa no da pa costiar un bandonión, yo les vo'a chiflar los tangos y ustedes van a bailar a compás. ¡Atención! Este tango se llama "Milonguita" y está muy de moda...

Comenzaba a silbar y los alumnos encantados de la jarana, agarrándose de dos en dos, bailaban magistralmente, lo cual no agradaba a Nativo, porque era la prueba de que su cátedra estaba de más.

—¡No es así, mocito! Mire: cuando yo pegue en el triángulo, usté debe hacer la quebrada con la pierna derecha, y cuando golpeye en el pupitre, con la pierna izquierda. ¡Vamos! ¡Clin, clin! ¡Más compadrito, más compadrito!

—Resulta muy chirle bailar con hombres — se aventuró a decir uno de los alumnos.

—Si quieren, mañana les vo'a traer a la Rebus, pa que ensayen con ella, por turno.

—¿Quién es la Rebus?

—¡La Rebustiana, po!

Don Triboniano había oído aquel trozo de clase de Nativo, y frunció el ceño.

—¿Y este númida pensará quedar en el elenco de profesores? — gruñó entre las encías, pero se guardó de exteriorizar su desagrado.

Acosábanlo las visiones del sueño, y mandó llamar al secretario.

—Apelo a su buena memoria, mi joven amigo. El día antes de la revolución, mientras daba yo mis conferencias, ¿se me llamó, por ventura, al teléfono?

—Sí, señor Rector. Y usté acudió al llamado y cerró la puerta de una patada, con lo cual comprendimos los que estábamos en la oficina que debíamos salir.

—¡Mísero de mí! — exclamó el Rector, — ¡la fuerza del silogismo!

Despidió al secretario y quiso anegarse en

la diaria tarea de hacer telegramas a todo el orbe y repartir nombramientos, pero en vano. Su corazón era un volcán y su cabeza un bombo.

Cogió su sombrero y huyó a fatigar sus nervios en un andar frenético por las calles de la ciudad.

Cuando iba por una, apartada y sola, un muchacho le entregó misteriosamente una tarjetita de color rosado.

Pata de Zorra... leyó maquinalmente don Triboniano, y de pronto estas palabras atrajeron poderosamente su atención: "Vuelve inofensivos a los más terribles enemigos del hogar..."

Don Triboniano se detuvo ahogado por la emoción. Miró a todas partes, y como nadie lo observara, leyó atentamente desde la primera letra hasta la última, el anuncio de *Pata de Zorra.*

—Los romanos creían en los augures, y era un pueblo fiel a las leyes y fuerte en la guerra. Yo también puedo creer en *Pata de Zorra.* Consultémosla.

Su caso era verdaderamente desesperado. Por un lado, todas las acusaciones reposaban en dos

o tres silogismos, claros como el sol para él, pero singularmente endebles para el resto de las gentes que carecían de conocimientos filosóficos. Por otra parte, ¿cómo cerrar la puerta de su casa a Belisario, el novio de su hermana? ¿Cómo cerrársela al que le había hecho Rector?

Debía resignarse a que el estudiante lo visitara dos y tres veces por día, con diversos e inagotables pretextos.

Pero *Pata de Zorra* podía con sus encantamientos aliviar su preocupación, y se encaminó a consultarla.

Pata de Zorra era muy ladina, y mediante dos pesos le dijo que había quien no lo quería bien, alguien que trataba de indisponerlo con su amada, y que pronto haría un viaje cierta persona que en ese momento ella no podía indicar con precisión, quién era.

—¡El! — exclamó don Triboniano, que había oído a Belisario hablar de volver al terruño. — Pero, entretanto, ¿cómo me libro de sus asechanzas? Necesito hacerlo inofensivo...

—¡Ah! — exclamó *Pata de Zorra*, comprendiendo que se trataba de un "enemigo del hogar".

—Yo tengo un té que tomado sin azúcar no hace nada, pero con bastante azúcar... ¡Madre de Dios! Es más poderoso un trago de ese té que un batallón de bomberos. Apaga cualquier volcán.

—Déme la receta.

—Vale otros dos pesos.

Don Triboniano soltó el dinero.

—Aquí tiene, hay para diez dosis. El efecto de cada dosis dura un mes.

—¡Me basta! — respondió el maestro con firme y tranquila energía.

Durante el trayecto a su casa pensó cómo hacer tomar a Belisario el terrible brebaje.

La sirvienta, que le abrió la puerta de su casa, le dió una noticia que en otro momento le habría resultado aterradora.

—Está el niño Belisario.

—¿La señora está con él?

—La señora todavía no ha vuelto. Está con la niña Beatriz en la biblioteca.

—¡Prepáreme la tetera!

A paso de lobo, sonriéndose diabólicamente, se dirigió a la biblioteca que en ese día estival

era un lugar fresco y tranquilo, de dulce penumbra con sus celosías bajas.

Se aproximó a la puerta y miró. Quería gozarse viendo la cara desprevenida de Belisario, para quien contaba ya en el fogón de la cocina una bullente tetera.

Sus pupilas acostumbradas a la cruda luz de afuera, no distinguieron al punto nada de lo que pasaba en la biblioteca. Oyó la voz de Belisario leyendo con emoción unos versos. Al concluir una estrofa hubo un largo silencio; un silencio lo bastante largo como para que los ojos del romanista se adaptaran a aquel ambiente y divisaran lo nunca sospechado. Beatriz estaba de pie junto al estudiante, que leía sentado en el sillón magistral. Ella había puesto la mano en el brazo del sillón y parecía arrebatada por las imágenes de la poesía. Belisario, que la vió absorta, le tomó la mano y se la besó con pasión, sin que ella protestara. Sólo una mortal palidez cubría su semblante.

Don Triboniano, aturdido, se alejó dos pasos, oprimiendo la cajita, que contenía los polvos de la adivina.

—El peligro no es para mí — murmuró. — La mujer con quien habló por teléfono no era mi mujer, sino mi hija. ¿Cómo no lo sospeché antes?

Hizo ruido y entró en la biblioteca a tiempo que por la otra puerta llegaba su fámula con una hirviente tetera y una bandeja con tazas.

—¡Ya no es necesario! — le dijo. — Traiga unas copas de vermouth.

Y mientras Belisario, con una artificiosa verbosidad trataba de informarle de los asuntos de la federación estudiantil, él, con la clarovidencia y el egoísmo de un hombre no turbado en la tranquila posesión de sus bienes, pensaba en Balmaceda, su futuro yerno, y en si debía, por lealtad, advertirlo del peligro.

Resolvió no advertirle nada.

—A su tiempo—se dijo, para tranquilizar su conciencia, — si Maclovia no lo pone en pretina a este cachafaz, le daré a Balmaceda los polvos de *Pata de Zorra.*

XVII

Espantosa equivocación

—¿No te parece, hermana Maclovia, que debes abandonar un tanto los afanes del ajuar y atar corto a tu novio?

—¿Por qué lo dices, hermano Triboniano? —preguntó Maclovia, pálida, con el presentimiento de una desgracia.

—La juventud de hoy es disipada, y mucho me temo que si no te percatas de él, otras imágenes femeniles puedan enturbiar la tuya en su corazón.

Maclovia sacudió la cabeza, imitando el gesto que había visto a Beatriz, quien al hacerlo alborotaba su magnífica melena. Pero en Maclovia el resultado era distinto. El sacudón abría claros en sus chirles cabellos, descubriendo las pálidas y grandes orejas o el pellejudo pescuezo. Con todo, ella creía que le sentaba muy

bien el ademán, y por nada hubiera renunciado a él.

—Mi imagen en su corazón está grabada a fuego, hermano Triboniano.

—Me alegro mucho, hermana, — contestó tan desabridamente don Triboniano que Maclovia quedó pensativa.

Y a la verdad que en los últimos tiempos cuando faltaban escasos días para la boda, había creído observar alguna melancolía en los modales de Belisario, melancolía impropia de quien tenía ya en el hueco de la mano el logro de su amoroso ideal.

Habríale chocado aquello, y cierta dulce y extemporánea fatiga que parecía notarse en los ojos de Beatriz, si no la hubiesen distraído los preparativos de su ajuar.

Pero en un corazón prevenido, la más leve semilla de recelo germina rápidamente.

Desde ese día Maclovia se dedicó a observar hasta el modo con que Belisario chupaba su cigarro, estirando los labios y mirando a Beatriz. ¿No se habría dicho que en el humo la besaba?

Verdaderamente, su hermano la habló a tiempo.

—Hermano Triboniano, tienes razón; hay que atarlo corto a ese joven, pero es conveniente advertirle al señor Balmaceda que él también tiene que ceñirle las riendas a su novia.

—¡Eso no sería digno de mí! — exclamó don Triboniano con altivez. — Un padre no puede sembrar sospechas contra su hija.

—¡Yo lo haré! — respondió con resolución Maclovia.

Comenzó a espiar la oportunidad de una conferencia con Balmaceda. Llegaba éste cargado de paquetes, que sostenía a dos brazos, abriendo las velludas manazas en que rutilaban tres o cuatro gruesos solitarios.

Entraba gimiendo bajo su carga de flores, de caramelos, de baratijas, nunca muy costosas, y se aplastaba en el banco del jardín, donde se hacía la tertulia rodeando la mesita de hierro.

Le satisfacía ampliamente la beatitud de sentir cerca de sí a la muchacha gentilísima que en breve sería su mujercita. Aunque ella apenas le hablase, aunque no le mirase, aunque no

se riera de sus cuentos criollos, bastábale que comiera sus caramelos, dulce tarea en que él la acompañaba.

Una tarde, las dos parejas de novios, gozaban de la frescura del rosal, mientras Inés leía en alta voz una novela antigua.

Al llegar a un pasaje muy tierno, Maclovia suspiró tan hondamente que Inés suspendió la lectura.

—¿Qué te pasa?

—¡Ay! Yo quisiera ser amada por un ardiente caballero de la Edad Media, que llevara mi nombre en su escudo y se batiera por su dama.

Belisario no quiso darse por aludido. El senador resopló y se puso a chupar un largo caramelo. Maclovia lo miró con fulgurante desdén, como el causante de todas sus inquietudes y dijo:

—Yo no me enamoraría de un novio apático, que no me besara las manos, por lo menos...

Una rápida ojeada a Beatriz puso colorado a Belisario, que no se atrevió a declarar que hasta ese día él no se había decidido a besarle nada a Maclovia.

El senador comprendió la alusión y empezó a atarugarse con el caramelo.

Don Triboniano regaba sus plantas favoritas, envuelto en su guardapolvo amarillo y calzado con sus zapatos de prunela. Fuese que la presión del agua aumentara en los caños, o que estuviera mal enchufada la bomba, la manguera estalló en sus manos y le hizo dar un grito.

Inés, Beatriz y Belisario corrieron en su auxilio y Maclovia se quedó junto al senador, resuelta a abordar el asunto que la preocupaba y le dijo mirándolo severamente:

—Yo no me habría enamorado de usted.

—¿Por qué, Maclovita?

—Porque usted es muy glacial.

—¿Qué significa eso?

—Usted no es un novio... tropical, como los caballeros de la Edad Media. ¿Le ha besado usted siquiera la mano a su novia?

El pobre hombre, todo ruborizado, confesó:

—¡Qué quiere que haga, Maclovia! Nunca he tenido oportunidad... Después me desquitaré.

—¡Oportunidad, oportunidad! ¿Quiere que le proporcione yo una oportunidad!

—¿De besarla a Beatriz?—interrogó Balmaceda, juntando las manos con un ademán de gratitud.

—Escuche, pues. Uno de estos días es el cumpleaños de ella...

—Sí, el viernes, dentro de cuatro días.

—Hágase el que no lo sabe con tanta exactitud. Equivóquese en tres días y llegue mañana a las diez...

Un ligero crujido de las ramas del rosal, que como un biombo se interponía entre ellos y la parte del jardín que daba a la calle, interrumpió a Maclovia.

—Es el viento — dijo Balmaceda, — mirando hacia allí. — *Ellos* están arreglando la manguera. ¿Cómo decía?

Tranquilizóse Maclovia y no advirtió que por detrás del rosal habíase aproximado Belisario, mientras don Triboniano, auxiliado por su mujer y su hija iba a mudarse el empapado ropón.

Belisario quería saber en qué tramoya andaba Maclovia, que se resignó a quedarse al lado

del senador cuando él se levantó. El crepúsculo iba envolviendo la florida ramazón en una gasa tenue y azul. Belisario escuchaba.

—Mañana a las diez, *ni un minuto más ni un minuto menos*, usted podrá besarla a Beatriz si entra al comedor por la puerta de la biblioteca. A esa hora la hallará bordando junto a la ventana del jardín, y de espaldas a la puerta por donde usted entrará. Acérquesele sin hacer ruido, bésela y dígale: — ¡Que los cumplas muy felices! Ella se enojará, pero usted la amansará con el regalo de cumpleaños. Porque usted se equivoque tres días en la fecha, ella no se va a poner intratable.

—¡Magnífica idea! Usted ha de tener mucha experiencia en amores, Maclovita.

—¡Pero qué pavo había sido usted, Balmaceda! —exclamó indignada Maclovia. — Hasta los niños saben hacer estas diabluras. Y sepa que Belisario es mi primer amor...

—Discúlpeme, Maclovita; no he querido decirle vieja...

—¡Jesús, qué hombre tan infeliz! — contestó ella, más escandalizada aún, y gritó: — ¡Be-

lisario, Belisario! Y en voz baja indicó al atolondrado senador: — Mañana a las diez, *por la puerta de la biblioteca* y sea puntual. A ver, arregle su reloj con el mío.

Llegó Belisario simulando venir de lejos. Ya sabía que al día siguiente, a las diez, Beatriz se encontraría sola en el comedor. Con llegar a las diez menos cinco, antes que el senador, podría ser él quien le deseara feliz cumpleaños y desbaratar con su presencia la profanación urdida por Maclovia.

Cogió ésta del brazo al estudiante y dijo a Balmaceda imperiosamente:

—Cuando acabe de dar cuerda a su reloj, vaya a buscar a su novia. La hallará en la galería. Ya aquí empieza a ponerse muy obscuro. — Y añadió en voz baja casi al oído del joven. — Este hombre es un parche poroso. Se pega y no hay quien lo saque. Y más melancólico que la serenata de Schubert. ¡Si no hay novio como mi adorado zorrinito!

—Ya te he dicho mil veces, Maclovia, que no me gustan tus comparaciones con animales de adentro o de afuera del gallinero, — replicó

Belisario con fastidio. Y se quedó callado, tratando de idear un pretexto para venir al día siguiente a las diez.

Fué Maclovia misma la que se lo brindó. Quería a toda costa hacer del beso de Balmaceda a Beatriz un espectáculo teatral, que comprometiera definitivamente a la muchacha a los ojos de todos, especialmente de Belisario. Por eso le dijo:

—Todos tus gustos son órdenes para tu Maclovia, idolatrado chanch... ¡ay! ¡la mala costumbre! Yo haré lo que quieras, pero te voy a pedir una cosa...

—Vamos a ver, hija.

—Quiero que mañana a las diez estés aquí.

El gozo de Belisario ante ese pedido, que parecía sugerido por el ángel de la guarda, estalló en un gesto romántico. Se puso una mano sobre el corazón y levantó la otra al cielo, en donde chispeaba ya la Cruz del Sur.

—Tus pedidos son órdenes para mí comadreja mía...

—¡Jesús, qué feo apodo!

—¿Cómo quieres que te diga?

—Dime torcacita...

—Mañana, a las diez, torcacita de mis entrañas, me tendrás aquí.

—A las diez en punto en el comedor.

—¿Cómo? ¿En el comedor?

—Sí, en el comedor. Entra sin hacer ruido por la segunda puerta del patio de las diamelas, donde está la jaula del canario que me regalaste, ese pájaro tan alegre que no cesa de trinar.

—Como yo — pensó Belisario.

Pero se guardó muy bien de decirlo. Se concretó a contestar:

—Sí, sí, ¿y tiene que ser por esa puerta, a esa hora?

—Sí. Una súplica más, ratoncito de la India. Arregla tu reloj con el mío, para que estés en el minuto exacto...

Belisario arregló su reloj y se despidió allí mismo.

Todavía ella le dijo:

—A las diez en punto. ¡Por Dios, no vayas a entrar antes!

—Tus pedidos son órdenes, — exclamó él apuntando con el índice la Vía láctea.

—Hermano Triboniano, ya le he puesto el collar al gato — dijo esa noche Maclovia al maestro. — Si mañana, a las diez en punto, penetras en el comedor suavemente, por la puerta de la ochava, donde está la casa del perro...

—¿Cómo dices, hermana Maclovia? — interrogó don Triboniano confundido por aquellos detalles.

—Digo que, por la puerta de la ochava, donde está la casa de Suspiro, a las diez en punto...

—¿Y qué habrá?

—¡Oh! Verás una deliciosa escena de respetuosa pasión. Balmaceda es muy tímido, y hay que combatir su timidez, aplaudiéndolo cuando se resuelva a hacer lo que debe... Sólo así conseguirá ganar el corazón de esa muchacha, que es como yo... ¡Oh, quien le diera al senador el alma vesubiana de un caballero de la Edad Media!

—¿A las diez en punto, has dicho, hermana Maclovia?

—¡En punto! ¿Quieres arreglar tu reloj con el mío, que tiene hora fresca? Ya sabes, por la puerta de la ochava...

Don Triboniano arregló su reloj, pero no comprometió su austera palabra, pareciéndole que su dignidad de padre sufría con aquella maniobra. Sin embargo, como era indispensable asegurar la conquista de semejante yerno, y como tenía un alto concepto de la diplomacia de Maclovia, dejóla proceder a su arbitrio.

Aconteció que poco antes de las diez, a Inés que zurcía prosaicamente en su dormitorio los eminentes calcetines de don Triboniano, se le acabó el ovillo de hilo negro.

—Beatriz está bordando en el comedor, — pensó. Voy a pedirle otro ovillo.

¿Quién hubiera dicho que aquella mujer de semblante juvenil, fina y elegantísima, era la madre de una novia próxima a casarse?

Esa mañana habíase puesto una blusa clara, graciosa, en fuerza de sencilla, hecha por sus manos para Beatriz, que algunas veces la llevara. En la buena esposa de don Triboniano, era una tímida coquetería vestirse igual que su hija.

Fué al comedor y halló a la muchacha distraída, no por los hilos de un bordado que tenía en el bastidor, sino por una urdimbre interior de

pensamientos que a nadie confiaba. Su madre la sorprendió con los ojos perdidos en el paisaje. Seguramente, aquellos ojos no contemplaban tampoco las quintas frondosas que se divisaban por la ventana, ni sus oídos recogían la canción fugitiva de la acequia.

—Esta niña me esconde alguna pena, — se dijo la madre cavilosa. —¡Beatriz! ¡Se te van los bueyes!

La joven se ruborizó y quiso disimular su distracción; pero sus manos estaban torpes para bordar la cara de una pastora y no acertaba ni con el color ni con los rasgos.

—Así no está bien, — dijo Inés. — Yo te la haré, y, mientras tanto, dame de tu costurero un ovillo de hilo de zurcir medias.

—Aquí no tengo, mamá. Voy a mi cuarto y te lo traigo en un santiamén.

—Cuando vuelvas, tu pastora estará hecha — dijo la madre, ocupando, delante del bastidor el asiento de su hija que, traviesa como un pájaro, saltó por la ventana de bajo antepecho.

En ese instante debió llegar Belisario, según sus propios cálculos. Pero el destino se había de-

clarado enemigo suyo, y lo perseguía a muerte, y ese día se valió de lo ordinario del reloj del estudiante, capaz de atrasar media hora en veinticuatro.

En tal momento, el atraso que llevaba sobre la hora "oficial" del reloj de Maclovia, no era más que de cuatro minutos, pero fué sobrado para causar la catástrofe.

—Son las diez menos cinco — se dijo Belisario al llegar a la verja de la casa del maestro. — Antes de un minuto le he dado a Beatriz este paquete de bombones y un beso detrás de la oreja... ¡para que los cumpla muy felices!

En ese mismo instante, Maclovia, don Triboniano y Balmaceda, reloj en mano, se decían:

—Falta un minuto para las diez, — y estiraban los dedos nerviosos hacia el picaporte de sus respectivas puertas.

Belisario, mordiéndose los labios para retener el aliento, abrió con extrema suavidad la suya, "la del patio de las diamelas, donde estaba la jaula de su canario", y adelantó la cabeza.

—¡Oh divina visión! *Ella* delante del bastidor,

tal como Maclovia la describiera al tímido Balmaceda, bordaba la cara de una pastora. Tenía la cabeza envuelta en un turbante de tul, para preservar el peinado, y en su traje matinal era la imagen adorada que hacía brincar el acongojado corazón de Belisario.

Con el golpe de vista de un táctico que ve de pronto cambiar un detalle importante del campo de batalla, notó Belisario que a causa del turbante no podría besarla detrás de la oreja.

—No importa — se dijo — la besaré en la nuca. Tiene la melenita recogida. Será un beso más audaz, pero acabará por perdonármelo, porque le demostraré que era el único posible en esta circunstancia.

Inés sintió abrirse la puerta, y luego el paso cauteloso de una persona, pero creyó que fuese su hija que volvía con el ovillo y siguió con los cinco sentidos puestos en la carita de la pastora.

—¡Que los cumpla muy felices! — le dijo una voz dulcemente al oído, y antes que ella volviera la cara, unos labios impetuosos se posaron en su nuca.

—¿Quién es? — dijo y se dió vuelta y se ha-

lló frente a frente de Belisario espantado, en el instante mismo en que Beatriz entraba por la ventana y se abrían las tres puertas consabidas, y que aparecían las cabezas ansiosas de Balmaceda, de Maclovia y de don Triboniano.

Cuatro exclamaciones resonaron a la vez:

—¿Pero qué es ésto? — baló Balmaceda consultando su reloj.

—¡Gusano de la parra! — chilló Maclovia.

—¡Marrano libidinoso! — rugió el romanista, cogiendo a Belisario de una oreja.

Beatriz sólo dijo: ¡Ay! y escondió el rostro entre las manos, sentándose en el antepecho de la ventana y rompiendo a llorar.

Inés pálida y muda, miraba a unos y a otros sin comprender, hasta que Belisario, que no podía explicarse delante de todas aquellas personas, pues las explicaciones valederas para unos no valían para otros, aparte de que para Maclovia el caso no tenía explicación, saltó por la misma ventana, huyendo de los feroces puntapiés del romanista.

El viento de la calle le llevó durante largo rato el eco de las imprecaciones de Maclovia, que

para agraviarlo con los más ásperos sobrenombres, se salió del gallinero recorrió los bajos fondos del arca de Noé.

—¿Y ahora, qué hago?... ¡Morir!... ¡No me queda otro remedio!

Y se acordó de la botica que le recomendó Alcira, donde por cuarenta centavos obtendría una buena dosis de veneno para las ratas.

—¡Si ella quisiera acompañarme a consumirlo! — se dijo aterrado por la soledad en que había quedado su alma.

XVIII

La taza de te

Antes de morir, un poco por repulsión a toda tarea intelectual, y otro poco por no escribir la chapaleada esquela de los suicidas al comisario de la sección, se decidió a contarle a misia Felisa lo que iba a hacer, para que ella a su vez se lo explicara al representante de la policía cuando hallaran su pobre cuerpo inerte y frío en alguna alcantarilla donde iría a esconderse como una rata envenenada.

—Hablemos ya, — se dijo, — porque dentro de dos horas no podré hablar más, pues seré cadáver.

Misia Felisa escuchó su lamentable historia, indignándose en algunos pasajes, ruborizándose en otros, y cuando llegó al desenlace, el beso dado a Inés, perdió resueltamente la serenidad y le increpó con amargura, como si a ella misma la hubiera agraviado.

—¡Un huésped mío! ¡Y para colmo el que yo mimaba! ¡Qué insensatez! ¿Quién te mirará a la cara en adelante?

—En adelante, misia Felisa, — respondió con voz tétrica Belisario, — nadie me mirará a la cara, porque se la habrán comido los gusanos. Estoy resuelto a matarme. Vea este paquete: cuarenta centavos de veneno para las ratas. Es suficiente para dos personas, pero como nadie me acompañará, me lo comeré yo solo. Reventaré como Judas.

—¡Ave María Purísima! — clamó palideciendo la buena señora. — ¿Cómo puede ocurrírsele esa barbaridad a un buen cristiano? Piensa en tu pobrecita alma, piensa en tu tío el cura...

—¡Para vivir penando, más vale morir!

—¿Pero, quién te ha dicho que lo que has hecho no tiene compostura?

—Usted, señora, usted misma se ha escandalizado...

—¡Discúlpame, hijito mío! lo que has hecho es una azucena al lado de lo que estás por hacer. Yo me encargo de arreglarte el asunto.

—¿Usted? — imploró Belisario casi de rodillas.

—Yo, sí, yo. Ahorita mismo, en cuanto haya concluído de batir estos huevos para un budincito que le estoy haciendo al padre Cherta, que mañana es su santo, me iré a ver a Triboniano. Le explicaré lo que vos no has podido explicarle. Pensándolo bien, no es tan grave tu culpa, hijo. Mala intención no tenías, ¿no es cierto?, cuando pensaste besarla a Beatriz.

—Al contrario, misia Felisa, una buenísima intención. Quería felicitarla por su cumpleaños, como felicitan en mi tierra, allá en La Rioja.

—¡Ah! — dijo pensativa misia Felisa, mirando por arriba de los anteojos a Belisario, sin dejar de batir los huevos. — ¿En La Rioja tienen esa costumbre?

—Sí, misia Felisa.

—Son costumbres muy anticuadas, hijo. Convendría que le escribieras a tu tío el cura que haga desterrar esas costumbres de su parroquia a lo menos. Bueno, esto ya está en punto. Alcanzale la fuente a Estaurofila. Decile que unte bien con caramelo la budinera grande y que

le eche cascaritas de limón al budín. Yo me voy a toda prisa a verlo a Triboniano .

Entregó a Belisario la fuente en que los huevos batidos formaban una suave y espumosa montañita y se entró en su cuarto para vestirse de calle. Pero salió al punto muy afligida.

—¡Belisario! ¡Belisario!

—Señora...

—A ver, dame ese paquete que me mostraste, ése con el veneno de las ratas. No quiero dejarte solo al borde de la tentación.

Belisario se puso colorado y sacó el paquete y se echó un puñado de su contenido en la boca.

—¡Qué hacés, desventurado!

—No tenga miedo. La he engañado. Estos son manises. Todavía no he comprado el veneno. Pero le juro por las cenizas de la abuela de don Triboniano que si mi asunto no tiene compostura, esta misma noche paso por la botica de Minuzzi y mañana me encontrarán cadáver en una alcantarilla del Central Argentino. ¡Y que no se culpe a nadie de mi muerte!

—¡Yo arreglaré tu asunto! — exclamó mi-

sia Felisa horrorizada, y volvió a meterse en su cuarto.

El famoso romanista no era, a decir verdad, un puerco espín, erizado de púas y cerrado a toda razón y mucho menos cuando alguna ventaja había en ser condescendiente.

Pero el caso ocurrido era sobremanera grave, pues lo afectaba en el punto más sensible de su persona, en su perpetuamente exasperada sensibilidad de hombre celoso.

¿Admitir de nuevo en su casa a Belisario? ¡Horror de horrores! El sabía por su experiencia o por haberlo leído en algún libro que si una sonrisa es una ventana abierta, un beso es una puerta abierta, y estaba resuelto a poner un grueso candado a todas las de su casa.

Por eso costóle Dios y ayuda a misia Felisa decidirlo a escucharla, con una calma relativa, que podía ser presagio de una tormenta deshecha para cuando ella terminara su emocionante súplica.

—¡Dejalo que él mismo te explique! Verás que ha sido una equivocación fatal. Dejalo que hable con tu mujer para que veas la humillación

y la vergüenza de su actitud, y la inocencia en la cara de Inés...

—¡Nunca! brrr! ¡Nunca! — replicó el maestro tiritando de furor al solo pensamiento de poner a Belisario en presencia de su mujer.

Sin embargo, había un punto obscuro que le habría agradado aclarar, teniendo delante a los dos protagonistas del episodio.

Aquel ovillo de hilo de zurcir medias que fué a pedir Inés a su hija, cuando lo tenía más cerca de ella, en su cuarto mismo, ¿no fué un vil pretexto para alejarla del comedor?

Por otra parte, con utilizar los polvos de *Pata de Zorra* que guardaba en el faldón de su levita, hallábase a cubierto de todo peligro.

—¡Pobre Maclovia! — pensó. — Ya su casamiento no se efectuará.

La infeliz, a las cinco horas del suceso había comenzado a hacérsele la encontradiza, con ánimo de hablarlo, sin duda, para interceder en favor del expulsado.

Al anochecer, como él no la hablara, ella le preguntó dulcemente:

—¿Qué haré ahora de mi ajuar?

Y él no le contestó.

Durante toda la mesa lo miró con ojos suplicantes, como los de una vaca espantada, y él no se dignó sonreirle.

Y poco antes de acostarse volvió a interrogarlo:

—Hermano Triboniano, ¿qué hago de mi ajuar?

—Una mortaja, hermana Maclovia, pues morir debemos.

—¡Ya lo sabemos! — contestó ella suspirando y se marchó a su cuarto, pálida y fantasmal, con una palmatoria en la mano, abrigando la tenue llamita como había visto que cruzaba el escenario la heroína de alguna ópera.

Agréguese a esto que de la Universidad le había llegado al romanista el rumor de que se preparaba una nueva asamblea de la Federación que presidía Belisario, la cual podía arrebatarle el dulce cargo de la Rectoría, y se verá que don Triboniano tenía sobrados motivos para desear una entrevista con aquel "marrano libidinoso", según lo llamó en el hipo del primer furor.

De modo que misia Felisa volvió a mediodía

a su casa con la rama de olivo precursora de la paz.

—Hijo mío, — le dijo palmeándole el hombro al infortunado Belisario. — Triboniano te espera a las tres de la tarde. Lo peor está hecho. En tus manos queda ahora tu destino.

Sudando como un reo llegó esa siesta Belisario a la puerta del maestro. Todas las celosías de la casa, pintadas de verde, estaban cerradas. Belisario vió con espanto las diversas puertas del comedor que Maclovia repartiera con tanto maquiavelismo, y vió la suya, la que estaba junto a la jaula del canario, en el patio de las diamelas, por donde halló la eterna vergüenza. ¡Malditas diamelas, maldito canario!

La sirvienta lo condujo a la biblioteca, donde lo aguardaba el romanista en un sillón.

—¡Hable lo que tenga que hablar! ¡Explique, pues pretende que lo ocurrido tiene explicación!

Y Belisario, de pie, con la barba caída sobre el pecho, comenzó a hablar y a pintar con celestiales colores los propósitos que lo animaban cuando entró al comedor por la puerta del canario.

Don Triboniano tenía ya hecho su plan.

Oyó con paciencia aquel relato, pareció satisfecho, y cuando el estudiante hizo punto, agitó un cencerro que tenía sobre la mesa, y pidió a la criada una tetera hirviendo. Luego buscó en los faldones de su levita los polvos de *Pata de Zorra*, y con la punta de un cortapapel sacó una dosis triple que echó en la taza, así que ésta llegó, y preparó el té fatal.

Belisario contaba las tablas del piso y pensaba en la muerte. ¿Qué era la muerte al lado de la vergüenza que estaba pasando? Pero, ¿cómo resignarse a morir, sin hacerse perdonar de Beatriz?

—Está pálido, joven. Tome esta taza de té. Yo voy a buscar a la ofendida para que usted le presente sus escusas. ¡Tome primero el té!

Belisario que habría preferido tomar un chopp, cogió la taza y empezó a sorberla lentamente.

—Revuélvala bien. ¿Tiene azúcar? ¿Tiene bastante azúcar?

El joven miró con gratitud al insigne maestro

y respondió para sí. Luego dejó la taza sobre la mesa y se retiró dos pasos.

Don Tribodiano se asomó a la taza y al ver que quedaban en el fondo alguna gotas y un sedimento azucarado, le echó otro chorro de té, y lo revolvió con la cucharita.

—Bébase este último trago, joven.

Belisario bebió hasta la hez. Don Triboniano estiró de nuevo el pescuezo por encima de la taza y dijo:

—Está bien. Espéreme.

Al rato volvió con su mujer, que llegó iracunda y pálida.

—Allí está él, que quiere explicarte su error. ¡Explíquese, joven!

Y don Triboniano salió altivamente y cerró tras él, con estrépito, la puerta; pero al otro lado se echó en cuatro pies y se puso a observar por el ojo (que, como todos los ojos sirve para mirar) de la llave.

Y lo que vió, esto es, la actitud de su mujer frente a Belisario, debió llenarlo de gozo, porque se frotó las manos.

—¡Oh!, aquella mujer que se sentaba con

gesto de diosa en su noble sillón, sin conceder una mirada al infeliz, que a duras penas se sostenía de pie en su presencia, no era ciertamente un cómplice.

Y Belisario recomenzó una vez más su relato, y cuando terminó cayó de rodillas, implorando el perdón de la altiva señora.

Don Triboniano, que se frotaba las manos, felicitándose de la genialidad de aquel careo, vió que era el momento propicio para intervenir y dictar las condiciones ventajosas en que debía conceder el perdón.

Se levantó, se sacudió los pantalones y penetró en la biblioteca.

—¿Se ha explicado, ya, joven? Bueno: escuche ahora las condiciones en que yo permitiré que vuelva usted a casa a proseguir su noviazgo con mi hermana Maclovia.

A Belisario le temblaron las piernas.

—Primero: el casamiento se efectuará dentro de ocho días justos. ¿Acepta?

—Acepto.

Segundo: después del casamiento, aprovechará el mes que falta para los exámenes, para es-

tudiar las leyes de Augusto, en especial la ley Papia Poppaea, por la cual se concedían premios a los matrimonios fecundos. ¿Acepta?

—Sí, señor, estudiaré la ley Papia Poppaea.

—Bien, joven. Carrillo. Yo, por mi parte, me comprometo a ponerle diez en los exámenes. Puede escribírselo a su tío...

—¿A mi tío? ¿Quién le habló de mi tío, señor Rector?

—Me habló Felisa. Me alegro que tenga un tío que con su energía lo pone en camino de conquistar un título y de realizar un brillante casamiento. ¡Esta es mi mano, joven! Dale la mano, Inés. Llama a Maclovia y a Beatriz. Regocijémonos juntos hoy. Y avisen al senador que el casamiento se hará dentro de ocho días.

XIX

El heroico mancebo

Belisario tuvo un momento de rebelión al volver a su casa.

Puesto que ya no necesitaba de la buena voluntad de nadie para pasar en los exámenes, ya que en el nuevo régimen de la Universidad los títulos se otorgaban por el voto de los mismos alumnos, ¿por qué no mandar al diablo a Maclovia con su melena chirle y sus dientes como teclas de clavicordio y su ajuar de colegiala presumida?

¡Ay! Aquel mismo día, el poderoso gobierno federal ocupó la Universidad con tropas del ejército y barrió a los revolucionarios, echó a Nativo y a Robustiana que estaban dando clase y como única concesión a las ideas avanzadas, dejó en la Rectoría al insigne romanista, el doctor don Triboniano Barbarrosa.

Belisario no tuvo aliento más que para escri-

birle a su tío una carta en la cual, con estilo agonizante le pedía su bendición para contraer matrimonio.

"Para que vea, mi querido tío, que no es una broma ni una frívola aventura de amor, y sí una cosa tremendamente seria, le mandó el retrato de Maclovia. El retrato es un poco viejo, de modo que ella es todavía más vieja. Mándeme trescientos pesos..."

Aquella última semana de libertad pasó para el mísero con una prisa pavorosa, como si el demonio la empujara, ansioso de apoderarse del alma de Belisario, que no tardaría en darse a todos los diablos.

Su postrera ilusión fué hablar un minuto a solas con Beatriz, que seguía resentida por aquel beso que le dió a su madre. Quería explicarle que la verdadera destinataria no fué Maclovia, como él dijera, sino ella misma, seguro de que si consentía en oirle lo perdonaría y dejaría de mirarlo con el gesto agrio y soberbio.

Logró, por fin hablarla en un rincón a prisa, temiendo una sorpresa de Maclovia, y ella lo escuchó con desdén al principio, luego con aten-

ción y, naturalmente, concluyó perdonando el atrevimiento de haber pensado besarla.

—¡Qué burros son ustedes los hombres! — le dijo .— Cuánto tiempo tardan en comprender que cada persona tiene su destino y que es inútil rebelarse. Usted, por ejemplo, ha nacido para ser mi tío y Balmaceda para ser mi marido. ¡No proteste! Maclovia le va a ayudar mucho más que yo en sus estudios y a su tío el cura le va a gustar más, porque es más madura que yo. Eso sí, no la lleve con melena... ¡Adios para siempre Belisario! Lo que es sin remedio debe ser sin lágrimas, dice no sé quién en una novelita que se llama "Romeo y Julieta".

Cada mañana el senador se detenía con su rutilante automóvil a la puerta de la Universidad a la hora en que don Triboniano salía de clase, y lo recogía con todo respeto. Y también a Belisario que humildemente se sentaba al lado del chofer.

Los estudiantes lo envidiaban:

—Ninguno de nosotros pasará, pero él sí — murmuraban.

En pocos minutos llegaban a la casita de don

Triboniano, y allí recogían a las tres mujeres que los aguardaban, listas para dar un largo paseo hasta la hora del almuerzo, que en aquel tiempo hermoso era grato improvisar en cualquier sitio pintoresco de extramuros.

En la mañana del último viernes, para allegar provisiones, descendieron frente al Mercado del Sur, y lo recorrieron en caravana, de dos en dos, yendo Belisario con Maclovia en la punta.

Al salir por una de las anchas portadas a cuya sombra siempre hay algunas mujeres asando empanadas o chorizos en braseritos de hierro, un pilluelo que se estaba atragantando con una lucida parrillada, vió salir por una ventana de la otra acera, un brazo moreno y rollizo, armado de una regadera para regar los malvones.

—*¡Pata de Zorra!* — gritó desaforadamente. —Aquí está mi mano. ¿Cuánto tiempo voy a vivir después que me case? — y le enseñaba una palma pringada de chorizos.

Viéronse fulgurar unos ojos por la endija de la ventana entreabierta y el brazo desapareció con su fresco recipiente.

Balmaceda, que era muy supersticioso, al oir

aquello se miró la palma de la mano, como si de entre sus rayas pudiera saltar el secreto del porvenir.

Don Triboniano se detuvo en seco negándose a seguir adelante con miedo de que *Pata de Zorra* apareciera en el zaguán, lo reconociera y lo saludara, por donde se vendría a saber que el eminente romanista había consultado a una adivina.

Beatriz y Belisario, con el mismo recelo, intentaron cambiar de rumbo .

Pero Maclovia se inflamó de entusiasmo. Había oído hablar de *Pata de Zorra* y sintió un irrefrenable deseo de verla. Llamó al muchacho y le preguntó:

—¿Dónde vive *Pata de Zorra?*

—¡Allí! — contestó el interrogado mostrando la casa con el codo, pues tenía ocupadas ambas manos.

—Yo quiero que nos adivine el porvenir, — dijo Maclovia con la impetuosidad de un chicuelo mimado; y por desgracia de los que deseaban huir de aquel sitio, el senador, y hasta la

misma Inés, tuvieron curiosidad de conocer a la famosa adivina.

Y no hubo más remedio que llamar a la puerta de *Pata de Zorra*, en cuyo consultorio entraron con la cabeza gacha y rojos de vergüenza, don Triboniano su hija y el estudiante.

La paraguaya, que les salió al encuentro, con la más protectora sonrisa, en el primer golpe de ojo reconoció a sus clientes, y ató los cabos sueltos de la historia de los tres.

Maclovia, orondamente se había cogido del brazo de su infortunado novio y fué la primera en hablar.

—Queremos que nos lea nuestro destino, — dijo sacudiendo la melena, y tendió la mano.

—Son dos pesos las consultas de primera clase, — respondió la adivina sin inmutarse, y miró con lástima a Belisario como diciéndole: ¿Adónde vas, infortunado, con una guitarra vieja? ¿Cómo te has dejado arrebatar la muchachita que te quiere, y de la que, sin duda, estás enamorado?

Belisario no era adivino y bajó los ojos ante la penetrante mirada de *Pata de Zorra*.

Cogió ésta la mano de Maclovia y murmuró la acostumbrada retahila, prometiéndole larga vida, algunos viajes y mucha ventura al lado de un marido ricachón y madurito...

—¿Madurito?—preguntó Maclovia arrojando una tierna mirada sobre su tierno Belisario.

—Sí, madurito, — repitió con firmeza la profetisa; y ahí no más cogió la mano de Balmaceda.

—¡Yo no! — dijo él poniéndose pálido. — Yo no quiero saber cuándo me voy a morir. Adivíneles a otros.

Pata de Zorra no insistió y tomó la mano de Beatriz, y pareció sumergirse en una profunda cavilación de la cual salió al largo rato.

—Es muy importante lo que leo aquí, — dijo soltando la mano. Pero hay que pagar adelantado.

Vaciló el senador en sacar su portamonedas pero Belisario estaba allí, y se apresuró a entregar los billetes, con una vaga y secreta ilusión. Por segunda vez lo había mirado *Pata de Zorra*, y ciego habría sido él si no hubiese notado

una chispa maliciosa en aquellos ardientes ojos negros.

Volvió a tomar *Pata de Zorra* la mano de Beatriz, y con voz salmodia fué diciendo, entre cosas incoherentes, cosas que hicieron estremecer el corazón supersticioso del senador.

—Esta niña tan joven, está a punto de casarse.

—Eso es verdad, — exclamó Balmaceda entusiasmado. — ¿Cuál es la línea que le indica eso?

—Esta, — dijo la adivina, — marcando con su uña, no muy limpia, una tenue raya en la palma de la joven. Esta es la línea del celibato. Se corta pronto. ¿No ve? Eso quiere decir que la señorita va a dejar de ser soltera pronto. Y aquí está la línea del matrimonio. ¿La ven?

—¡Sí, sí! — dijeron todos sugestionados.

—Pero...

—¿Hay un pero? — interrogó Maclovia, siempre inquieta por las cosas que se relacionan con Beatriz.

—Sí, hay un pero. Vean cómo se interrumpe en seguida la línea del matrimonio.

—¿Y eso qué quiere decir? — preguntó con una ligera esperanza la misma Beatriz.

—Eso quiere decir que va a enviudar pronto, señorita.

Oyóse un gemido y vieron al senador sentarse desfallecido en un rincón hamaca, cuyo respaldo estaba cubierto por un delicioso tejido de ñanduty.

Pata de Zorra se le acercó sin soltar la mano de Beatriz, le alcanzó una pantalla para que se hiciera viento y prosiguió impertérrita descifrando el terrible destino de la joven.

—Enviudará pronto, a los seis meses, pero...

—¿Hay otro pero? — preguntó Belisario.

—Sí, — contestó *Pata de Zorra*, mirándolo intensamente por tercera vez. — Pero... se casará en segundas nupcias... Vean la segunda raya matrimonial...

—¡Sí, sí!

—Vean que no se corta, sigue, sigue, sale de la palma adelantándose sobre la muñeca.

—¡Sí, sí! — exclamaron todos, menos el senador que parecía un buey insolado.

—Eso quiere decir que esta señorita será muy

feliz en el segundo matrimonio, y ella y su segundo marido vivirán cien años, lo menos.

—¿Cómo? — preguntó Balmaceda, incorporándose, y *Pata de Zorra* repitió claramente su pronóstico.

—Enviudará a los seis meses de casada, pero se casará otra vez, y ella y su segundo marido vivirán cien años.

—¡Yo quiero ser tu segundo marido! — exclamó Balmaceda, tendiendo los brazos a Beatriz, pero sin acercarse a ella, como si de la amable y graciosa persona se desprendiera un fluido fatal para el primero que la abrazara.

—Para ser el segundo, — dijo don Triboniano desagradado, — es necesario que alguien sea el primero. Y después de lo que hemos oído, nadie querrá serlo... A menos que la señora *Pata de Zorra* sea discreta y no diga a nadie lo que nos ha revelado.

—¡Nadie querrá serlo! — dijo suspirando Inés.

—¡Nadie querrá ser su primer marido! — exclamó horrorizada y sinceramente compadecida la sentimental Maclovia.

Pero se oyó la voz hipócrita de Belisario, que afectando una emoción trágica, dijo:

—Yo quiero salvar a esta joven de ese horrible destino. Yo me inmolaré. *Yo seré su primer marido.*

—¿Tú, hijo mío? — exclamó don Tribonia-no, poniéndole ambas manos sobre los hombros. — ¡Heroico mancebo!

—¿Usted se inmolará? — dijo Balmaceda con lagrimones de gratitud en los ojos saltones.

Se oyó otro gemido y vieron a Maclovia desplomarse en el sillón abandonado por el senador. *Pata de Zorra* le alcanzó la pantalla.

—¡No, no! ¡No te inmolarás, papagayito mío!

—Sí, me inmolaré, — repitió con firmeza Belisario.

—¡Vas a morir, orangutancito adorado!

—¡Pero la salvaré de su triste destino!

—¡Y yo te perderé, burrito de mi alma!

—¡Te resignarás a perderme! ¡Yo me inmolaré, tú te inmolarás, ellos serán felices!

—Beatriz a todo ésto con los ojos puestos en tierra, como una monja en trance de pronunciar los votos solemnes, no decía una palabra.

De pronto alzó sus radiantes pupilas, se volvió a Belisario, y oprimiéndole ambas manos exclamó:

—¡Delante de mis padres, delante de mi futuro segundo marido, delante de tu infortunada novia, acepto tu sacrificio. Y se arrojó en sus brazos.

XX

Quince años después

La implacable rueda del tiempo dió muchas vueltas. Quince años pasaron desmenuzando las frágiles ilusiones y consolidando las fuertes realidades.

Una mañana de otoño, la original y rústica avenida de aguaribays, que circunda un lago artificial y se extiende como un balcón, mucho más arriba que las más altas torres de la ciudad, estaba casi desierta.

El día era, sin embargo, delicioso. Ya con la sensación del próximo invierno, los árboles se habían despojado de sus frondas caducas y el paisaje adquiría el tono leonado característico de aquella región barrancosa. Un airecito picante hacía arder la sangre en las arterias y amontonaba las últimas hojas secas en las cunetas de los caminos.

—¡Qué lindo día pa tomar el sol como una

iguana! — exclamó bostezando un obeso guardián de aquel paseo, bajo cuyo uniforme, y a pesar de un matorral de canas, podían descubrirse las morenas facciones de Nativo, el ex profesor de bailes criollos en la fenecida Universidad Libre.

Caminó rengueando por la arena crujiente, y se sentó a liar un cigarrillo de chala en un escaño, junto al tronco de un aguaribay, que con los años parecía enfermo de reuma, tan nudosas y retorcidas eran sus ramas de áspera corteza.

—¡Lindo pa tomar el sol, y naide viene! — dijo echando una ojeada por la desierta extensión de aquel paseo, donde su bastón de guindo era el cetro de un rey, temible para los muchachos y para los perros.

Un tranvía eléctrico ascendía por la calle de agria pendiente. Oyóse la campana de uno de sus coches y el antiguo portero de la Universidad vió bajar una pareja que se dirigió con el paso difícil de los ancianos hasta uno de los bancos, bañado de sol.

—¡Velay! — exclamó, pasando la lengua por la chala del cigarrillo y doblándole las puntas.

—Allí vienen la niña Maclovia y el señor Balmaceda. Esos no me faltan nunca en los días de sol. Y llegan siempre juntitos. Ni que jueran novios.

Dió unas cuantas chupadas al delicioso cigarrillo criollo, y se levantó con resoplidos de fatiga, porque se había puesto muy gordo y todo movimiento lé costaba un triunfo, y se encaminó hacia aquella pareja de antiguos conocidos suyos.

Otro coche del tranvía llegó en ese momento, y Nativo se alegró, pensando que le traería nuevos transeuntes para animar el paseo.

Ni Balmaceda ni Maclovia lo vieron acercarse, porque miraban la gente que descendía de aquel tranvía.

—Debe ser un colegio, observó Balmaceda contando cuatro niños que bajaban.

—No, — respondió Maclovia, — es una familia. ¿No ve que los cuatro forman una escalerita? Mire, allí baja una niñera con otros dos, que parecen mellicitos. Se conoce que es niñera por la cofia.

—¡Cuántas cosas sabe usted, Maclovia!

—Y ésa que baja ahora con un nenito en brazos es un ama.

—¡Siete hijos! — comentó con sorpresa el ex senador.

—¡Ocho! — dijo Maclovia al ver bajar una muchachita como de doce años.

—¡Nueve! — corrigió su compañero, contando un muchachón, algo más grande que descendió por el otro estribo.

—¡Diez! — dijo la voz de Nativo detrás de ellos, tomando nota de una señorita que saltaba a tierra la última. — ¡Qué familión! Todos los pasajeros los miran asombrados. ¡Velay! Allí bajan los padres. ¿Sabe, niña Maclovia, que está perdiendo la vista? ¿No ve que son sus sobrinos, los hijos de la señora Beatriz?

—Es verdad — exclamó agriamente la solterona, — con estos anteojos no veo más que los bultos.

—¡Qué linda familia! — dijo Nativo siguiendo con la vista el numeroso grupo, que por una calleja se internó entre los macizos del parque. —¡Diez hijos! Y tan fresca está ella como él.

Van a llegar a tener veinte. ¡Qué honor para la familia!

Balmaceda volvió la cara fastidiado y Nativo comprendió que ese día no debía mezclarse en la conversación de aquella pareja.

—¡Diez hijos! Y están como recién casados. — murmuró con ira Balmaceda. — La adivina no le daba más que seis meses de vida. Y eso que fué una consulta de dos pesos. ¿Se acuerda, Maclovia?

—¿Cómo podría olvidarme? — dijo ella suspirando. — Yo me inmolé ese día por salvar a Beatriz. Vea cómo me ha pagado... ¡diez hijos con el que era mi novio!

—¡Nunca lo hubiera creído! ¿Se acuerda qué bien marcadas tenía las dos rayas del matrimonio? Una se interrumpía enseguida. La otra era larga y se perdía en la muñeca...

—Y una era de seis meses y la otra de cien años... Me acuerdo.

—Cuando pasaron cinco meses de casados, fuí a consultarla a *Pata de Zorra*. Usted comprende Maclovia; Beatriz iba a ser mi mujer, y no me resultaba eso de que viviera así, con el otro.

—¿Y qué le dijo *Pata de Zorra?*

—Me dijo que tuviera paciencia otro mes, por que ella había dicho seis meses.

—¿Y cuando pasaron seis?

—Volví a verla, y se hizo la olvidada y me preguntó de qué precio había sido la consulta, y yo le dije que de dos pesos. "Entonces esté tranquilo — me contestó, — días más, días menos, el asunto es seguro". "Pero usted comprende, señora *Pata de Zorra,* le dije yo con rabia, — que ella va a ser mi mujer y yo no puedo permitir que viva tanto tiempo con ese hombre". "¿Y qué quiere que le haga yo? — me contestó la bribona, — ¿para qué le cedió el turno? Ahora tiene que tener paciencia..."

—¡Ay! — suspiró Maclovia. — El iba a ser mi marido y se inmoló. Pero no debió resultarle muy costoso el sacrificio, porque a los seis meses de casados...

—¡Cuando habíamos quedado en que iba a morir!

—Empezó a ponerse florido y más buen mozo que nunca — prosiguió Maclovia con melancolía.

—Cuando cumplió un año, volví a verla a *Pata de Zorra*, y le pagué otros dos pesos para que me dijera la verdad, si se había equivocado o no.

—¿Y qué le contestó?

—Me dió una baraja muy sobada, que ella debía conocer demasiado, me hizo jugar al burro sucio, y después que me ganó una partida de cinco pesos, me dijo: "Yo no me he equivocado. Las dos rayas de matrimonio también usted las vió. Mis pronósticos de dos pesos son seguros". —Ha pasado un año — le observé — ¿cómo me explica que siga vivo? Y la muy ladina no se aturullo. "El que se ha equivocado es él — me salió diciendo, — en vez de tomar por la raya corta, tomó por la larga, que le correspondía a usted". ¿Y eso qué significa, señora? "Significa, — me explicó tranquilamente, — que él va a vivir cien años con ella, y usted, si se casa cuando ella enviude, vivirá seis meses"... ¿Se da cuenta Maclovia? ¡No he vuelto a verla más! ¡Qué bribona!

—¡Qué bandida! — coreó Maclovia.

—¡Una limosnita por amor de Dios! — gan-

gueó una vieja harapienta, que se les aproximó arrebozada en un manto negro.

Balmaceda metió la mano al bolsillo y empezó a hurgar, mientras Maclovia lo contemplaba ardorosamente.

—¿No quieren, mis señores, que les diga la buenaventura? — interrogó la mendiga.

—¡Ah, tramposa! Te reconozco, *Pata de Zorra*. Esta vez vas a pagármela — y comenzó a dar voces. — ¡Vigilante, vigilante!

Pata de Zorra, cuyas artes no la habían librado de caer, a la postre, en la miseria, huyó despavorida.

Maclovia logró calmar al airado ex senador y le dijo, por fin, lo que hacía quince años andaba con ganas de decirle:

—Después de todo, Balmaceda, amigo mío, quizás haya sido una suerte, para nosotros dos, que Belisario se equivocara...

—¿Por qué?

—Porque yo... lo amo...

—¡Mujer! ¿Cómo no me lo dijo antes?

—Porque usted andaba tan perdido por *aquella*... Fué usted el que debió hablar...

—Es verdad. No la hablé, porque usted andaba tan perdida por *aquél*...

—Usted siempre ha sido algo corto de genio. Pero una vez me dijo que cuando se casara se iba a desquitar...

—Sí, yo soy así. Y ya que usted ha traído la conversación, amada Maclovia, no perdamos más tiempo y fijemos la fecha de nuestro enlace...

—Antes de eso... — contestó pudorosamente Maclovia, intentando ruborizarse,—tengo que pedirle su consentimiento a mi hermano Triboniano.

—¡El y su mujer serán nuestros padrinos! — exclamó con fuego Balmaceda, que empezaba a mostrarse impaciente para reparar los quince años perdidos.

—¿Me querrás mucho, guanaquito mío?

—¡Como un caballero de la Edad Media! — contestó él fogosamente, y aprovechó la soledad del paseo y que Nativo les daba la espalda, para besar la nerviosa y romántica manecita de Maclovia.

Flor de Durazno, febrero de 1924.

FIN

INDICE

		Pag.
Capítulo	I. — Los azahares de la toronja . .	5
„	II. — Las dudas de Belisario	19
„	III. — Una margarita deshojada . . .	31
„	IV. — Misia Felisa espera a alguien.	37
„	V. — En casa de la adivina	45
„	VI. — El novio de Beatriz	59
„	VII. — Beatriz confunde sus parientes	71
„	VIII. — ¡Maclovia o la Revolución!. .	77
„	IX. — Maclovia se corta melena . . .	91
„	X. — Palabras escritas con un alfiler	105
„	XI. — ¡Estás loca!	115
„	XII. — La fecha del casamiento	125
„	XIII. — Los celos del Rector	141
„	XIV. — Una viejecita en el camino . .	151
„	XV. — Batalla de flores	159
„	XVI. — El Rector y la adivina	163
„	XVII. — Espantosa equivocación	173
„	XVIII. — La taza de té	191
„	XIX. — El heroico mancebo	203
„	XX. — Quince años después	215

PQ7797. M28P3 1924

a39001 004126176b